
PÁNICO en los ESPACIOS
siderales.
por KAREL STERLING.
JORGE LUIS
Colecci
LUCHADO
DEL ESPACIO



KAREL STERLING

PANICO EN LOS ESPACIOS SIDERALES

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA

PERSONAJES

Duke Hawthorne. Joven explorador terrestre que capitanea la primera expedición al planeta Siwha.
Carlos Rivero. Audaz científico californiano, ayudante de Hawthorne.
Salt Donovan. Segundo ayudante de Duke.
Knox Hinried. Presidente Supremo del Continente Americano. Uno de los Cinco Jerarcas.
Simok II. Sátrapa usurpador del trono de Siwha.
Erk Ramssik. Lugarteniente de Simok II.
Arta Rizzet. Princesa de Siwha.
Alan Rizzet. Hermano de Arta.

PRINTED IN SPAIN

TIP. ARTISTICA

Es época de llantos y miserias, señales pavorosas
muestra el cielo y, de las nubes que destilan
sangre, cuelga el buen Dios el Manto de la Guerra
blando el Cometa cual terrible azote, por ventanal
celeste, amenazando, y el Universo entero es una
casa en duelo.

SCHILLER



CAPITULO PRIMERO

EL CONTINENTE DORADO

REALMENTE nadie, ni aun aquellos hombres excepcionalmente dotados del sentido analítico, pudo prever las incalculables consecuencias que se derivarían del violentísimo seísmo que hizo aparecer en aguas del Océano Pacífico el Continente Dorado. Si bien, el inesperado acontecimiento produjo el estupor general y un asombro plenamente justificado, la verdadera conmoción tuvo lugar varios meses más tarde, cuando la patrulla exploradora del profesor Randall Kent descubrió que el subsuelo del citado continente estaba formado íntegramente por oro puro. Miles y miles de toneladas del hasta entonces precioso metal se extendían a lo largo y ancho de los cuatro puntos cardinales; yacimientos inagotables, cada uno de por sí con riqueza superior a la totalidad de las reservas que integraban los tesoros nacionales de los restantes cinco continentes.

Al natural júbilo experimentado durante los primeros días de tanteo, sucedió el terror. Era fácilmente adivinable cuál sería la reacción de los gobiernos ante tamaña catástrofe. La economía mundial sufriría el mayor descalabro de la historia sin que nada ni

nadie pudiera remediarlo. Randall Kent, uno de los más reputados biólogos de América, trató de llevar el asunto secretamente hasta el Directorio Gubernamental, más los miembros de su expedición, cegados por la ambición, distaron mucho de guardar aquella prudencia.

Justamente cuando el profesor Randall fue recibido en audiencia especial por el Presidente Supremo, el Continente Dorado sufría ya los efectos de una gigantesca invasión humanal Representantes de todas las razas se dieron cita allí con un sólo propósito; propósito muy semejante, aunque de infinitamente mayor envergadura, al que guió en el remoto siglo diecinueve a todos los aventureros que acudieron a California: ¡La fiebre del oro!

Un año después, la confusión en el orbe era indescriptible. El rey da los metales fue convirtiéndose paulatinamente en un elemento de tan escaso valor como el hierro o el plomo. Las encarnizadas luchas por los yacimientos cesaron y paralelamente a este fenómeno sobrevino la crisis. A partir de entonces la palabra Crisis adquirió un significado superlativo cuya sola evocación tenía tanto de siniestro como el' sustantivo «átomo» cinco siglos antes.

Pero no era éste el descalabro más formidable por que habría de pasar la Tierra a consecuencia del descubrimiento. El primer aviso que tuvieron los hombres del desastre que se avecinaba tuvo su origen en la llegada de una nave espacial de características hasta entonces desconocidas. Aterrizó en las llanuras de Nuevo México. Su estructura exterior no se asemejaba en absoluto a ninguna de las cohetonaves que procedentes de otros mundos recalaron en la Tierra. Tenía el aspecto de una gigantesca esfera dorada, sin portezuelas, reposadores ni dispositivos externos que truncaran la solución de continuidad de su superficie. Durante dos días y dos noches ningún tripulante dio señales de existencia. El misterio creado alrededor del extraño artefacto fue creciendo de punto, hasta alcanzar un grado insospechado. Numerosos hombres de ciencia terrestres y no pocos sabios de allende el espacio estudiaron cautamente la irregularidad del fenómeno. Las teorías expuestas, casi todas en contradicción, no hicieron sino hostilizar el ambiente, ya enrarecido por el cataclismo económico.

Y la tercera noche...

Knox Hinried, Presidente Supremo del Directorio americano, observó en la rectangular pantalla del fonovisor la señal indicadora de una llamada. En el pequeño mapa luminoso adosado junto al aparato se reflejó el punto exacto de donde partía la emisión. Su adusta expresión se convirtió en un instintivo gesto de asombro. Indudablemente alguien trataba de comunicar directamente con él

desde el lugar matemático en que se hallaba la misteriosa nave espacial.

Algo grave e inaplazable tenía que ser forzosamente. El mero hecho de que una persona ajena a su séquito personal intentara establecer conexión con él revelaba la gravedad del asunto.

Tras manipular el resorte que interfería la visión apareció una imagen en la pantalla. Era un rostro humano. Knox Hinried no pudo evitar que una exclamación de asombro brotara de sus labios. ¡Aquel rostro tenía las facciones más inauditamente extrañas que jamás pudiera imaginar la mente! ¡Parecían esculpidas en oro!... Ninguna sombra ni color matizaban la pureza de las líneas. Y éstas eran tan correctas, tan maravillosamente definidas, que daban la sensación de corresponder a una escultura realizada por uno de aquellos clásicos de la antigüedad griega. La imagen correspondía a un hombre joven, de rizoso cabello y pómulos prominentes. Tanto el pelo como las cejas despedían igualmente el mismo reflejo áureo.

El suave murmullo de una voz rompió el silencio de la Habitación. Knox Hinried, presa del estupor todavía, no se apercibió hasta pasados unos instantes de que la voz en cuestión articulaba perfectamente el idioma terrestre.

«...dentro de una hora en este lugar. Deberá obedecer estrictamente las instrucciones. Comunique su conformidad.»

El Presidente Supremo tragó saliva dificultosamente y se mesó el cabello.

—Audición imperfecta —logró susurrar—. Repita el mensaje.

Las facciones del enigmático personaje no se alteraron. Nuevamente sus labios volvieron a moverse.

—En nombre del Consejo de Siwha[1] es conminado a comparecer dentro de una hora en este lugar. Deberá obedecer estrictamente las instrucciones. Comunique su conformidad.

Lo absurdo y tajante de la orden hizo sonreír a Hinried. ¡El, uno de los Cinco Jerarcas que imperaban sobre la Tierra, conminado a comparecer ante un vulgar habitante de otros mundos!...

—¿No pretenderéis demasiado? —inquirió con acento despectivo.

El áureo rostro se movió ligeramente hasta quedar encuadrado en marco de la pantalla. Sus ojos parecieron adquirir relieve.

—Tiene un minuto para contestar —decretó la voz de la imagen.

El Presidente Supremo cerró la transmisión. Después púsose en pie y se dirigió hacia la pared opuesta. Tras un breve examen del amplio cuadro de dispositivos electromagnéticos se decidió a oprimir uno de los pulsadores. Luego tomó asiento nuevamente al lado del fonovisor.

Al cabo de unos instantes abrióse la puerta del despacho y penetraron dos hombres. En sus uniformes militares se destacaban las insignias que evidenciaban el alto rango de que disfrutaban.

Ambos saludaron rígidamente. Hinried les invitó a sentarse frente a él.

—¿Qué noticias hay de Nuevo México? —preguntóles una vez que se hubieron instalado.

—El misterio sigue igual —replicó el más joven de los visitantes —. En el interior de la nave, si es que lo es, no se observa ningún síntoma de existencia. El profesor muranio Kalaff me decía hace unas horas que posiblemente el artefacto era una especie de laboratorio enviado por otro planeta a fin de comprobar nuestras condiciones de habitabilidad.

Hinried sonrió enigmáticamente.

—Usted, Forrester, tendrá también su opinión al respecto —dijo —. Me gustaría conocerla.

El llamado Forrester se encogió de hombros.

—En este caso no tengo criterio propio —contestó—. Conforme transcurre el tiempo me siento inclinado por distintas teorías. De todas formas, creo que es hora de intentar una investigación directa.

El Presidente Supremo dirigió ahora su mirada al otro militar.

—¿Y usted, Rhodens? ¿Puede aportar alguna sugerencia?

El interpelado movió afirmativamente la cabeza.

—Coincido con Forrester. Es preciso emprender una acción que nos saque de dudas. Sean quienes fueren los tripulantes de esa nave espacial no tienen ningún derecho...

—No hablamos de derechos, Rhodens --cortó Hinried amistosamente—. Solamente quería sondear sus estados de ánimo. Por lo que veo están dispuestos a arrostrar los peligros inherentes a esa investigación a que han aludido. El momento ha llegado.

Forrester y Rhodens se irguieron en sus asientos. A juzgar por la expresión de sus rostros sentíanse invadidos por la satisfacción.

Knox Hinried acercó su asiento a los de sus subordinados. Luego les habló por espacio de diez minutos, refiriéndoles lo acontecido.

—¡Por el Eterno! —exclamó Rhodens estupefacto—. ¡Eso es lo más inaudito que he oído en mi vida! ¡Ordenarle a usted!...

La frase del militar quedó cortada al sonar en la puerta el zumbido de urgencia. Forrester cambió un signo de inteligencia con Hinried y se apresuró a abrir.

Entró un individuo que vestía uniforme del Cuerpo Transmisor. En sus facciones se reflejaba la alarma.

—¡Acaba de ocurrir algo horrible! —informó excitado—. ¡La ciudad de Atlanta ha sido destruida totalmente! ¡No ha quedado un habitante con vida ni un edificio en pie! ¡Incluso los refugios atómicos han sido arrasados!

Un presentimiento asaltó la mente de Hinried.

—¿Se sabe cuáles fueron las causas? —preguntó tratando de dominar el nerviosismo.

—¡Eso es lo peor! —contestó el recién llegado—. Parece como si una fuerza invisible hubiese desencadenado una desintegración en cadena. No hubo explosión, ni incendios, ni tan siquiera se produjo la menor alteración sónica. ¡Nada!...

—Incomprensible —murmuró Hinried—. ¿Y... sólo afectó a Atlanta?

—El desastre abarcó una extensión exacta de once millas. Pilotos que han volado sobre el lugar informan que aquello ha quedado convertido en un puro desierto.

Otra vez sonó el mismo zumbido en la puerta. Volvió a abrir Forrester. Y como anteriormente penetró en el despacho otro miembro del Cuerpo Transmisor. Parecía también preso del asombro.

Knox Hinried desvió su atención hacia él.

—¿Qué ha sucedido ahora? —inquirió esperando lo peor

—Nuevos desastres. París, Melbourne, El Cairo y Benarés han sufrido idéntica suerte que Atlanta. Basta ahora los informes son bastante incompletos pero permiten asegurar que los efectos han sido debidos a las mismas causas.

El Presidente Supremo despidió con un gesto a los dos técnicos, no sin antes encomendarles que le tuviesen al corriente de cualquier contingencia.

Después comenzó a pasear ante los dos oficiales. La expresión de sus facciones reflejaba inquietud e incomprensión. De pronto se detuvo frente al fonovisor. Instintivamente sus dedos hicieron funcionar el interruptor. Una exclamación de sorpresa brotó de todas las gargantas al contemplar en la pantalla la broncínea imagen del habitante de Siwha. Esta vez parecía sonreír; era una sonrisa la suya demoníaca y altiva. El horror invadió a les tres hombres.

—«Han transcurrido cincuenta minutos —la voz emitida por el fonovisor carecía de inflexiones—, la mitad de una hora[2], El Consejo de Siwha ha decidido la eliminación de cinco ciudades como respuesta a las negativas obtenidas a nuestro amistoso requerimiento. Asia, África y Europa han manifestado ya su conformidad. Sus respectivos Presidentes se hallan a punto de llegar. Oceanía volverá a sufrir las consecuencias de su negativa. Y el destino de América

correrá la misma suerte a menos que impere el buen sentido de usted. Espero su contestación.

Knox Hinried cambió una rápida mirada con los altos oficiales de su Ejército. El asentimiento de éstos decidió su resolución,

—Acepto —fue la escueta respuesta. Y a continuación cerró el conmutador. La imagen desapareció.

—¡Una reunión de los Cinco Jerarcas en Nuevo México! —exclamó Hinried. Por su faz se había extendido una coloración grisácea que denotaba mejor que sus palabras la colérica excitación de que era presa—. ¡Y al dictado de Siwha!... ¡La maldición caiga sobre todos nosotros!

—Ese sujeto dijo que era un amistoso requerimiento -^alegó Rochester haciendo un esfuerzo por que sus palabras sonaran naturales—. ¡Y sin embargo, cinco ciudades han sido arrasadas!

—¡Empleemos la fuerza contra la fuerza! —manifestó impulsivamente Rhodens —. ¡Esa nave no puede ser invulnerable! ¡Una descarga atómica la pulverizaría!

Hinried se puso en pie.

—Prepárense para acompañarme —ordenó conminatorio—. Nada de escoltas oficiales ni cosa por el estilo. Vendrán ustedes dos y el profesor Hans Holbein.

Los dos oficiales se ausentaron para ultimar los preparativos.

El profesor Holbein acudió inmediatamente a la llamada de Hinried. Tenía pleno conocimiento de las catástrofes acaecidas por lo que el Presidente Supremo no tuvo sino que explicarle sumariamente la relación de aquellas con el planeta Siwha.

—¡Inconcebible! —exclamó Holbein asombrado—. ¡Según las investigaciones realizadas, el planeta Siwha es un mundo muerto! Me pregunto si no será una suplantación...

—No es hora de preguntarse nada —cortó secamente Hinried—. Quiero que me diga las características de Siwha.

El hombre de ciencia, un individuo de edad avanzada, cuerpo esquelético y cabeza enormemente desarrollada, reflexionó durante unos instantes.

—Es un planeta de tamaño aproximado al de la Tierra, e igual fuerza gravitatoria, desprovisto de atmósfera y que se halla a una distancia nuestra de 26 años luz. Eso es todo lo que puedo decirle.

—No es demasiado. ¿Ha sido objeto de exploraciones?

—Prácticamente no —replicó Holbein tras un ligero titubeo—. Su interés desde el punto de vista científico es nulo.

—Ha dicho usted «prácticamente» —insistió Hinried—. ¿Alguien lo intentó?

-—Sí. Hace cuarenta años, Paul Rizzet, uno de nuestros mejores exploradores estelares emprendió el viaje. No regresó jamás.

-—Bien. Salga fuera y únase a Franck Rochester y Holst Rhodens. Dentro de un momento iré con ustedes.

Quince minutos después un cohete tipo «Sattur-3» se posaba en las quebradizas arenas del desierto de Nuevo México, a media milla de la misteriosa nave espacial. Un extraño resplandor carmesí irradiaba de la gigantesca esfera dorada. La negrura de la noche hacía contrastar aún más aquella luminosidad sobrenatural.

El Presidente Supremo del Continente Americano descendió del cohete seguido de sus tres acompañantes. El cordón policíaco que circundaba a lejana distancia la nave de Siwha se abrió para dar paso a Hinried. Un hombre con distintivos de nacionalidad europea se le aproximó respetuosamente.

-—Le estábamos esperando —dijo a guisa de saludo—. Dombers, Aslhley, Sid Masasi y Yedz Shiraz han llegado ya.

Efectivamente, los cuatro restantes Jerarcas se hallaban congregados a pocas yardas de la espacionave. Hinried acudió al encuentro de ellos, comprobando que todos estaban igualmente impresionados. El asiático Yedz Shiraz parecía el más afectado. Fue el primero en hablar.

—¡Salud, Knox Hinried! El Consejo de mi pueblo me ordena transmitiros su condolencia por el suceso de Atlanta

Su voz se quebró en un susurro ininteligible. Un hueco octogonal habíase abierto en la nave de Siwha. Una elevada silueta humana se destacó en el umbral.

Vestía una ajustada cota de malla adaptada a todo el cuerpo. Parecía confeccionada de oro pálido y refulgía intensamente a la tornasolada luz que se desprendía del interior. Las facciones y miembros visibles de aquel individuo tenían asimismo características metálicas y respondían exactamente a la imagen captada por el fono visor de Knox Hinried.

—Os saludo en nombre de Simok II. Sátrapa de. Siwha. Mi nombre es Erk Rambsik. Podremos tratar de los asuntos que me han traído a la Tierra si os dignáis pasar a esta humilde morada espacial.

Erk Rambsik pronuncio las anteriores palabras en el idioma terrestre con una rara perfección.

Sid Masasi, representante de África, pasó primeramente al interior de la nave. Acto seguido le imitaron los demás. La octogonal puerta se cerró tras de ellos, tan silenciosamente como se había abierto.

La espaciosa habitación a donde penetraron carecía totalmente de ventanas y ningún mecanismo visible hacía presumir la existencia

de armamento interior. El mobiliario en conjunto constaba de una mesa redonda y ocho taburetes distribuidos regularmente en derredor suyo. El denominador común que presidía todo el compartimiento era el color: ¡oro en sus más diversas tonalidades!... Un signo que para la Tierra representaba la desolación.

Erk Rambsik invitó con un gesto a que tomaran asiento. Luego se acercó a una de las paredes y murmuró unas extrañas palabras, Alrededor de la nave se extendió una ancha faja transparente que permitía ver el exterior.

—Un sencillo dispositivo sónico —explicó—. Desde fuera no se aprecia la variación.

—¡La teoría de Biron Farr hecha realidad! -—exclamó Al Dombers, Jerarca de Australia.

—Exactamente —concedió Rambsik—. Una verdadera lástima que no hallaran el medio de aplicarla. Nuestros científicos no tuvieron dificultad alguna.

— ¡Pero qué está haciendo! —Hinried se puso en pie alarmado. Sus ojos, fijos en la transparente abertura, carecían a punto de desorbitársele—. ¡Va a asesinarlos!...

Rambsik sonrió.

—Se equivoca; estoy creando simplemente un campo magnético que sirva de contención al cordón de policía. Ninguno de los hombres sufrirá daño alguno. Es necesario que nadie nos estorbe.

Los cinco Jerarcas contemplaron boquiabiertos el insólito espectáculo que se estaba desarrollando en el exterior. Los cientos de policías que rodeaban a larga distancia la espacionave eran impulsados hacia atrás por una fuerza invisible. A la débil claridad esparcida veíanse caer amontonados en apocalíptica confusión los cuerpos de aquéllos. En cuestión de escasos segundos desaparecieron del radio visual.

Knox Hinried no pudo contener su curiosidad.

—¿Cómo lo hace? ¡No ha tocado ningún mecanismo!

Rambsik volvió a sonreír.. Sus facciones adquirieron una expresión diabólica.

—En Siwha los mecanismos magnéticos son accionados por los campos eléctricos creados por las células nerviosas del cerebro; o dicho en otras palabras, sintonizados con la mente. Por esta causa no es necesario que mis dedos rocen siquiera ninguno de los instrumentos instalados en el compartimiento contiguo. Para hacer despegar esta nave, por ejemplo, no tengo sino que desearlo. Claro está que debe de tratarse de cerebros educados. Cualquiera de ustedes fracasaría si lo intentara.

—¿Destruyó también con órdenes mentales las cinco ciudades? —inquirió Sid Masasi con un leve temblor de voz.

Rambsik asintió con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—No tuve otra opción; la terquedad de ustedes me obligó. Soy el primero en lamentarlo y deseo sinceramente no tener que recurrir de nuevo a los mismos métodos para conseguir llegar a un acuerdo.

El representante asiático Yedz Shiraz esbozó un gesto de dureza,

—Difícilmente llegaremos a un acuerdo sobre la base de un asesinato en masa de millones de hombres —dijo. Y añadió con acento de odio—: Cualesquiera que sean los poderes de Siwha.

Las facciones de Erk Rambsik adoptaron una expresión desdeñosa.

—Ustedes, los terrestres nunca se distinguieron por la cordura —declaró—-. Pero estamos haciendo un gasto inútil de tiempo. Voy a exponerles el motivo de mi misión en este planeta. Como les dije anteriormente, me llamo Erk Rambsik, y soy lo que ustedes denominarían un investigador espacial. Mi especialidad son las Ciencias Terrestres, ¡fascinante asignatura! Hace un año apenas se le concedía importancia. La Tierra era un planeta vulgar, en los albores de la civilización y, sin embargo, prácticamente agotado en sus recursos. Sus estúpidas guerras, las ridículas ambiciones y sobre todo, la ineficacia de los cerebros más privilegiados, precipitaban al planeta a un caos irremediable. Hoy, por fortuita, todo ha variado para ustedes. Y también para Siwha. Dos mundos muertos que resucitarán sobré sus cenizas —Rambsik paseó su mirada por los rostros de los cinco Jerarcas. El estupor de éstos le produjo cierta satisfacción—. Observó —añadió—, la extrañeza de ustedes ante mi perfecta dicción del idioma terrestre. A este respecto, Paul Rizzet creyó hallarse ante el mayor misterio estelar...

—¡Paul Rizzet! —exclamó Hinried—. ¡Partió hacia Siwha hace cuarenta años!

—Cuarenta y uno —rectificó Rambsik—. Rizzet supo explotar sabiamente su condición terrestre. Fue un hombre de iniciativas un tanto extrañas.

—¿Fue?

Rambsik miró largamente a Sid Masasi antes de responderle.

—Fallaron los esfuerzos por prolongar su vida. Su naturaleza jamás pudo aclimatarse. Pero nos hemos apartado del objeto de nuestra conferencia. Me expresaré, pues, con brevedad. Siwha es un mundo próximo a extinguirse. Falta en él su principio básico de supervivencia: una materia orgánica que ustedes llaman oro, y que para nosotros representa algo así como el oxígeno para la Tierra. Durante los doscientos últimos años se han ido agotando

paulatinamente las reservas e incluso las substancias necesarias para su obtención sintética. Vean ustedes estas cápsulas —Rambsik mostró un estuche alargado que contenía medio centenar aproximadamente de diminutas cápsulas de material transparente a través del cual podía verse una solución acuosa de vivo color dorado —: «artium» y oro. El contenido de una de ellas inyectado por vía intravenosa constituye la dosis mínima vital cada diez horas. Antiguamente, estas dos substancias se hallaban en la atmósfera en la proporción exacta que la sangre de los «siwhanos» requería. En la actualidad, y perdonen la reiteración, en Siwha queda el suficiente oro para garantizar la supervivencia de 3.000 millones de habitantes durante un período de medio año terrestre. Y por esta causa he sido comisionado por Simok II, Sátrapa de Siwha, para llegar a un acuerdo con el planeta Tierra, único de la Galaxia cuya riqueza en oro nos permitiría sobrevivir eternamente.

—¿un acuerdo comercial, quizá? —sugirió Hinried esperanzado.

—No, exactamente — Rambsik tornó a esbozar su diabólica sonrisa—. Lo que pretendemos es cohabitar conjuntamente el planeta de ustedes.

Sid Masasi se incorporó con el rostro descompuesto.

—¡Imposible! —exclamó airadamente—. Dijo usted antes que los «siwhanos» eran tres mil millones. Eso significaría duplicar la población terrestre. ¡Absurda pretensión! ¡No la toleraremos!...

—Mal podremos llegar a un acuerdo si no me dejan ustedes terminar de exponer el proyecto de Simok II. Ninguna mente equilibrada albergaría la irrazonable idea de duplicar la población terrestre. La cuestión estriba precisamente en reducirla a su cuarta parte: ochocientos millones aproximadamente. Nuestro Instituto Estadístico ha confeccionado las listas de los habitantes escogidos. Cerebros privilegiados, por supuesto. Jamás le será ofrecida a la Tierra semejante oportunidad de prosperar. Ustedes deberán también efectuar una labor de selección, aunque menos dificultosa ciertamente. No es lo mismo seleccionar un millón de seres que setecientos noventa y nueve.

Los Cinco Jerarcas palidecieron al escuchar la terrible y monstruosa declaración de Erk Rambsik.

—Un... un millón de terrestres —balbuceó Dough Dombers, representante australiano.

—El progreso científico siempre ha exigido el tributo del sacrificio —decretó Rambsik—. Y dado que ya están ustedes al corriente de nuestra proposición, les invito en el nombre del Consejo de Siwha a dar su respuesta. Estoy autorizado para concederles un plazo de siete días. Pasado el cual, y en el supuesto de una negativa, Siwha

adoptará las medidas pertinentes.

Yedz Shiraz miró a sus compañeros y se puso en pie. Sus achatadas facciones no expresaban emoción alguna.

—Creo interpretar la voluntad unánime de todos los terrestres al expresar la más rotunda negativa —declaró con firmeza—. Esa es la respuesta a su proposición. Puede transmitirla ahora mismo al Consejo de Siwha.

—Lo haré dentro de siete días —dijo Rambsik levantándose—. He tenido un gran honor en conocerles. ¡Salud, terrestres!

Automáticamente se abrió en la nave el mismo hueco octogonal que anteriormente.

Los Cinco Jerarcas iniciaron la salida. La voz de Erk Rambsik les detuvo cuando ya alcanzaban la abertura.

—No sería leal dejar de advertirles que si insisten absurdamente en negarse a colaborar con Siwha, pasado el plazo de siete días, la población terrestre será aniquilada en su totalidad.

La oscuridad de la noche se cerró en torno a los Cinco Jerarcas...

CAPÍTULO II

EL ÚLTIMO RUGIDO DEL LEÓN

EXISTIÓ rara unanimidad en las gentes. Sabios, militares, políticos, artistas del «video» y hasta los agricultores, rechazaron de plano la idea de aceptar el bárbaro ultimátum de Siwha. Si el planeta Tierra no podía evitar el aniquilamiento en masa, correría resignadamente su fatal suerte. Todo era preferible antes que ser sometidos bajo la cruel tiranía de unos intrusos del espacio.

Durante la primera mitad del plazo concedido por Erk Rambsik la aeronave tripulada por éste sufrió ininterrumpidos intentas de destrucción. Se probó con todas las armas conocidas, pero desgraciadamente los campos de fuerza creados en torno del artefacto constituyeron un valladar infranqueable. Las últimas esperanzas se vinieron abajo al fracasar una larga serie de explosiones nucleares con la cual se daba por descontada la desintegración de la nave espacial.

Al anochecer del cuarto día, Duke Hawthorne, jefe del Departamento Astronáutico de White Sands, solicitó ser recibido en audiencia privada por Knox Hinried.

El Presidente Supremo del Continente Americano acogió su visita con indisimulada indiferencia. La enorme responsabilidad que pesaba sobre sus hombros unida a la impotencia de los recursos a su alcance habíanle sumido en un estado de postración rayano en la semiinconsciencia.

Su fría actitud no borró la sonrisa de Duke Hawthorne. Este era

un joven de agradable presencia y suaves modales. Nada en él hacía presumible que fuera uno de los prestigiosos más reconocidos en el orden de las Ciencias Espaciales.

—Creo que traigo la solución —dijo a guisa de saludo y tomando asiento frente a Hinried—. No me explico cómo a ustedes se les ha podido pasar por alto. Es de lo más sencillo.

—He escuchado esas mismas palabras infinidad de veces durante estos cuatro días —replicó el Presidente Supremo cansadamente—. No obstante puede exponer sus ideas.

Duke Hawthorne abrió una carpeta y extrajo un sencillo plano del desierto de Nuevo Méjico con varias cruces marcadas en diferentes colores.

—Aquí se encuentra la aeronave de Rambsik —dijo señalando un pequeño círculo rojo—. Los campos de fuerza electromagnéticos se extienden por todo su alrededor, excepto por un lado; el único que no ha sido sometido a nuestras experiencias.

Knox Hinried abrió los ojos con marcadas muestras de interés.

—¡La base! —exclamó— ¡Por el Eterno, que tiene usted razón!

—Si abrimos un túnel de cincuenta millas de largo cuyo término coincida con la situación de la nave y luego hacemos estallar en este punto una buena carga de «radiam», a buen seguro que conseguiremos inutilizarla. Suponiendo que la excavación se efectúe con una profundidad de cien yardas, Rambsik y su nave quedarán sepultados para siempre.

—¿Y después?

—Después podemos enviar una expedición a Siwha —repuso Hawthorne—. Una vez les hayamos demostrado que sus poderes son susceptibles de ser contrarrestados en la Tierra, cree que no será difícil concertar un tratado comercial con ellos. De este modo solventaremos nuestra crisis económica y Siwha asegurará su supervivencia.

Hinried se levantó. Una expresión de alivio iluminaba su demacrado semblante.

—Muchacho, pienso que ha dado en el clavo. Le felicito. Ahora bien, si su plan tiene éxito necesitaré más que nunca de su colaboración.

Hawthorne asintió complacido.

—Esa distinción supone un gran honor para mí —contestó— Si no fuera demasiado pedir, me agradaría conocer de antemano la índole de mi trabajo. De este modo podría llevar a cabo una más adecuada preparación.

El Presidente Supremo le acompañó en silencio hasta la puerta.

Luego le dijo solemnemente:

—Comandará usted la flota estelar que partirá rumbo a Siwha.

* * *

En el compartimiento acorazado de la alta torre metálica sonó un potente zumbido que se interrumpió por tres veces consecutivas a idéntico intervalo de tiempo. Acto seguido se encendió una luz roja en el cuadro de dispositivos. ¡Era la señal aguardada con febril impaciencia por los científicos de los cinco continentes!

La mano de Duke Hawthorne accionó rápidamente una pequeña palanca de material plástico. Casi inmediatamente la oscuridad de la noche fue rasgada por un inmenso resplandor rojizo. El horrísono estruendo producido por la explosión de la bomba de «radiam» pareció significar el fin del mundo.

El grupo de técnicos que ocupaba la estancia retrocedió instintivamente. Hawthorne fue el primero en reaccionar. Presa de la mayor excitación se precipitó hacia el mirador telescópico. Una amplia sonrisa de triunfo se extendió por su rostro al contemplar la escena que se desarrollaba a cincuenta millas de distancia.

La aeronave estelar de Siwha había desaparecido, una gigantesca quebradura del terreno veíase en su lugar. Sus bordes crepitaban y una espesa humareda se elevaba desde el interior. Asemejábase aquello al cráter de un volcán en terrorífica erupción.

—¡Ahora es el momento de actuar las patrullas de demolición! —exclamó Hawthorne— ¡Efectúe la llamada, Spirak! No conviene perder un minuto.

El llamado Spirak, un individuo de edad indefinida y facciones agresivas, enfundado en un «mono» blanco, se encaró con el transmisor de onda extra corta y dictó una lacónica orden.

Apenas hubieron transcurrido treinta segundos, un verdadero ejército de hombres comenzó a pulular en torno a la enorme hendidura. Así mismo llegó al lugar una interminable columna de vehículos de transporte cargados a rebosar de materiales rocosos. La actividad cesó cuando toneladas y toneladas de tierra y roca cubrieran totalmente el foso provocado por la explosión.

Después las patrullas y vehículos desaparecieron del lugar con la misma presteza con que habían acudido,

Una escuadrilla compuesta de diez reactores efectuó repetidas pasadas «provocando lluvia antirradioactiva.

Una hora más tarde, el propio Knox Hinried y Duke Hawthorne arribaban a la zona exacta donde se hallara la nave espacial.

—El éxito ha coronado la operación —declaró Hinried

visiblemente aliviado—. Casi no lo puedo creer después de tantos fracasos. Me pregunto si ese Rambsik no será capaz de retornar a la superficie.

—Escapa fuera de todo el cálculo de probabilidades —replicó Hawthorne—, No existe fuerza alguna que pueda contrarrestar la enorme presión exterior; eso en el caso de que la nave no haya sido pulverizada por la explosión...

En ese preciso instante el suelo retembló intensamente. La sacudida duró escasos segundos para repetirse con menor intensidad y luego cesar definitivamente.

SI Presidente Supremo clavó su mirada en Hawthorne.

—¿Qué habrá sido eso? —inquirió con voz trémula.

—El último rugido del león —fue la alegre respuesta del interpelado—. Nada mejor podría haber sucedido para evidenciar la impotencia de Rambsik.

—-¡Sea la voluntad del Eterno! —Hinried secóse el sudor que brotaba de su frente y dio media vuelta para dirigirse al vehículo aéreo que habría de transportarle al punto de retorno.

Duke Hawthorne le acompañó en silencio.

Aquella noche gentes de todos los países y razas celebraron la primera victoria de la Tierra sobre Siwha. Jamás se conoció alegría igual desde los lejanos tiempos que marcaron el fin de la Guerra Nuclear. Los periódicos hicieron tiradas especiales y la televisión repitió incansable el precioso documental obtenido por los reporteros en el mismo lugar donde se desarrollaron los dramáticos acontecimientos.

Pero aquello era el principio del fin. Mientras el júbilo y el optimismo imperaban sobre el mundo terrestre, Duke Hawthorne y el numeroso equipo de hombres a sus órdenes daban los últimos repasos a las astronaves próximas a partir.

El joven Jefe del Departamento Astronáutico de White Sands mostrábase menos preocupado de lo que en realidad se sentía. Hasta ahora sus misiones habíanse limitado a exploraciones en planetas conocidos y casi siempre en calidad de asesor. Sus brillantes graduaciones en las diversas fases de ingeniería espacial le habían convertido en un elemento demasiado valioso para ser arriesgado en expediciones peligrosas. Sin embargo, las circunstancias habían cambiado hasta el punto de vista de considerar a Hawthorne como el único hombre en quien se podía confiar una misión de tal envergadura. Era el destino de la Tierra lo que estaba en juego. Y los Cinco Jerarcas lo sabían perfectamente. Nadie alegó reparo alguno a la designación de Knox Hinried e incluso todos estuvieron de acuerdo en que Duke Hawthorne efectuara la selección de los hombres que

habrían de acompañarle

Las tres astronaves se hallaban ya a punto de ser lanzadas de sus respectivas plataformas. El leve zumbido de sus motores acelerábase progresivamente. Los mecánicos se retiraron a los lugares de protección y nadie, excepto los tres pilotos que capitaneaban la expedición, eran visibles en la reducida área de despegue.

Hawthorne miró a los dos hombres que tenía a su lado y cambió una sonrisa. Allí estaban Carlos Rivero, el californiano de temple de acero e inquebrantable optimismo, y Salt Donovan, un británico antítesis del primero. Donovan era un sujeto de aspecto enfermizo, enclenque y aniñado, pesimista impenitente y presa de una inquietud exterior rayana en el histerismo. No obstante, y contra lo que pudiera creerse, el inglés estaba reputado como la primera autoridad en cibernética primaria y robótica. Sus diseños de naves espaciales quedaron como ejemplos clásicos y fueron adoptados por la generalidad de las naciones interestelares.

Al contrario que su compañero, Carlos Rivero no era investigador propiamente dicho. Estaba catalogado como un luchador, experto en las ideas bélicas, lo cual no significaba que fuera un ignorante en cuestiones astronáuticas. Sus conocimientos, un tanto superficiales, abarcaban infinidad de recursos que solía aplicar cuando la solución de un problema parecía imposible. Sus actuaciones eran espectaculares en extremo y estaban revestidas de una fogosidad poco común.

El semáforo indicó que faltaba un minuto para la partida. Rivera y Donovan se introdujeron en sus naves respectivas y Duke Hawthorne se volvió hacia la torre de mandos agitando su brazo en señal de despedida.

Su movimiento quedó frenado por el estupor al contemplar el rojo «deslizador» de Knox Hinried aproximándose a toda velocidad por la pista que conducía a la plataforma de despegue.

Algo grave debía haber sucedido. Hawthorne, rápido como una exhalación, descendió por el ascensor. Llegó abajo justamente en el instante en que el Presidente Supremo se apeaba del «deslizador». Su rostro estaba demudado por el espanto.

—«¡No hemos conseguido nada! —gritó para hacerse oír entre el zumbido de los motores— ¡La aeronave de Siwha está resurgiendo nuevamente! ¡Los detectores han registrado una elevación de treinta yardas! ¡Los muros se resquebrajan a su avance y el calor que produce derrite la tierra!

Hawthorne sintió que se le helaba la sangre.

—¿Cuándo... cuándo comenzó a notarse? —balbució con

dificultad.

—¡Hace una hora! —contestó Hinried angustiado— ¡Dentro de otras dos habrá salido a la superficie!

El joven explorador reflexionó durante unos segundos. Transcurrida la pausa su mirada se animó.

—Aún faltan dos días para expirar el plazo concedido por Erk Rabsik —dijo—. Convénzale para que espere hasta el final. Estoy por apostar a que cumplirá su palabra.

—¿Y después? —Hinried calló mordiéndose con fuerza los labios.

Hawthorne sonrió plácidamente.

—Dentro de dos días habremos llegado a Siwha —contestó— Quién sabe si para entonces no estaremos en disposición de replicar a Simok II con otro ultimátum. Nuestros poderes no serán tan eficaces como los suyos, pero la punta de un cuchillo sobre la garganta siempre ha sido un excelente argumento.

El Presidente Supremo asintió y trató de sonreír. Luego su diestra estrechó la de Hawthorne. Su silencioso gesto llevó impreso el dramatismo.

A una señal suya el semáforo emitió la luz violada indicadora de la partida.

Treinta segundos más tarde las tres naves eran apenas tres puntos en la inmensidad del horizonte.

CAPÍTULO III

PÁNICO EN LOS ESPACIOS SIDERALES

SONABA música en la nave y se habían corrido las puertas que separaban la sala de control del mirador. Las luces estaban bajas y eran de un tono mortecino anaranjado. Duk Hawthorne abandonó el espectroscopio y fue a reunirse con sus compañeros de nave.

Van Markus y Erick Vogler, enfrascados en una partida de naipes, no repararon en su llegada. Stephen Zaharías se hizo a un lado para dejarle sitio en el mirador.

—Menos mal que te has decidido a venir —dijo Zaharías con acento jovial—. Esos zánganos llevan tres horas jugando al poker. Me dan náuseas de verlos.

Hawthorne dibujó una sardónica sonrisa.

—¿Por qué no juegas tú? —preguntó.

—Soy un tipo de mala suerte. Perdí los cincuenta «pintones»[3] en las primeras bazas. Mi paga de un mes. Si quieres prestarme algo.

—Donde vamos a ir no te hará ninguna falta el dinero.

¿Comunicaste con las otras naves?

Zaharías asintió.

—Hace unos minutos. Ninguna novedad. Sus informes coinciden con los nuestros. ¿Qué hay del análisis espectral?

—-Una magnífica sorpresa. La atmósfera del planeta Siwha contiene el suficiente oxígeno para nuestros organismos. No necesitaremos utilizar las mascarillas climáticas.

Al oír esto, Van Markus dejó los naipes sobre el tablero y se embolsó el fajo de billetes que tenía ante sí. Al ponerse en pie, su formidable contextura física contrastó con la menudez de Zaharías.

—¿Dices que no necesitaremos las mascarillas? —inquirió dirigiéndose a Hawthorne— ¡Estupendo! Así las «siwhanas» podrán apreciar mi belleza. ¿Creáis que serán hermosas? ¡Me muero por verlas!...

Erick Vogler, biólogo del grupo e impenitente gruñón, dio un bufido al escuchar el fanfarrón parlamento de su compañero de juego.

—--¡Ya te dije, Hawthorne, que cometías una estupidez trayéndote a Markus! —en el tono de su voz vibraba un soberano desdén—. ¡El muy idiota se figura que vamos a un concurso de bellezas!

¡Puaff!... Daría algo porque las «siwhanas» tuvieran tres cabezas y siete brazos.

Markus le miró con ironía.

—Yo también daría algo —declaró—. Cada conquista valdría por tres. ¿Os imagináis nada mejor?

El diminuto Zaharías hizo un cómico gesto de temor.

—-¿Y qué haría yo con una mujer así? —preguntó señalando la pequeñez de su cuerpo—. Con un par de abrazos suyos me desencuadernaría. Aun teniendo dos brazos solamente. El Eterno sabe cuánto me ha costado zafarme de alguna terrestre.

—¡Mujeres! —Vogler el biólogo compuso una expresión de desprecio—. ¡Cómo se conoce que sois solteros! ¡Si tuvierais una esposa como la mía que no me deja salir ni a la vuelta de la esquina!...

Hawthorne intervino en la jovial disputa.

—Te habrás alegrado entonces de que te haya elegido para este viaje —dijo—. Unas buenas vacaciones, ¿eh?

Hawthorne hizo un gesto a Stephen Zaharías.

—Faltan pocos minutos para el último contacto con la Tierra —dijóle señalando su cronógrafo de pulsera—. Estáte atento a la llamada y cuida de registrar el informe.

—Te acompaño, Stephen —decidió Markus—. Así perderé de vista a Vogler. ¡Me pone malo!...

Markus y Zaharías se dirigieron hacia la sala de control y cerraron la puerta.

Vogler se acomodó en el mirador de plástico junto al jefe de la nave. Su malhumorada expresión había desaparecido.

—En medio de todo son buenos chicos —dijo con aire de tolerancia—. Me hacen rabiar, pero los aprecio. Si no se metieran conmigo, este viaje sería de lo más aburrido.

Hawthorne asintió abstraído.

—Dentro de cinco horas habremos llegado —dijo cambiando la conversación--. Una espera interminable.

—-Estás preocupado, ¿no es cierto?

El joven no respondió inmediatamente. Trató de identificar el sentimiento que percibía en sí mismo como «miedo». Sin embargo, la altivez de su espíritu hízole rechazar la idea. No era miedo; más bien tensión. Sus viriles facciones componían ahora una expresión inescrutable. Sólo la viveza de su mirada evidenciaba la febril actividad de su mente.

—Un mundo a punto de extinguirse debe asemejarse a una jaula de leones hambrientos —declaró hablando para consigo mismo—. La elocuencia y la diplomacia no servirán para nada.

—¿Opinas que nuestras armas resultarán inútiles también?

Hawthorne sonrió amargamente.

—Siwha es un mundo que nos lleva centenares de años de adelanto. Eso por una parte, Por otra son tres mil millones de habitantes contra doce terrestres. Y además, ¿qué sabemos de su flora y fauna? Te digo que es una empresa descabellada.

Vogler le miró con extrañeza.

—Tenía entendido que planeaste tú los detalles —dijo—. E incluso me «pareció que la designación tuya por los Cinco Jerarcas te llenó de entusiasmo

—Es cierto que planeé yo los detalles —afirmó Hawthorne con gravedad—. Lo mismo hace un cirujano ante un moribundo; afila y desinfecta un bisturí a sabiendas de que va a suceder lo peor. Y en cuanto a mi entusiasmo, sabes por propia experiencia que a una distancia de 26 años de luz no se ven las cosas igual que cuando hay que afrontarlas directamente.

—¿Insinúas que te volverías atrás?

El jefe de la expedición meneó negativamente la cabeza.

— ¡Oh, no! —exclamó tornando a su expresión risueña. —-Jamás me perdería la ocasión de echarle el guante a Simok II,

Sátrapa de Siwha.

— ¡Maldito asesino! —Vogler cerró los puños con rabia—. ¡Aniquiló veinte millones de terrestres como quien aplasta un mosquito!...

La puerta de la sala de control se abrió inesperadamente. Markus y Zaharías salieron con los rostros demudados.

— ¡La nave de Siwha ha abandonado la Tierra! —informó Markus—. ¡El Observatorio, de White Sands ha registrado su velocidad! ¡Vuela tres veces más rápida que las nuestras!

El cuerpo de Hawthorne se envaró al oír la noticia.

¿Y su ultimátum? —inquirió anhelante.

— ¡Nada! —contestó Zaharías— ¡Erk Rambsik se ha marchado sin que haya sido posible establecer contacto con él!

—¿Decís que la velocidad de su nave es triple que la de las nuestras? —Hawthorne reflexionó por unos instantes. Y luego añadió —: Eso significa que ya ha llegado a Siwha.

— ¡Por Polux! —gimió Vogler— ¡Ahora sí que estamos perdidos! Imaginad la acogida que nos dispensarán.

Duke Hawthorne hizo uso del fonovisor etérico para comunicar con Carlos Rivero y Salt Donovan, capitanes de las otras dos naves que componían la flotilla estelar.

Por el semblante del californiano, Hawthorne supuso que ya estaba al tanto de lo que sucedía. Sus respuestas indicaron que así era efectivamente. Otro tanto acontecía con el inglés Donovan, si bien éste, cosa rara, no parecía hallarse muy afectado. Por lo demás, el viaje transcurría sin novedad.

Hawthorne se reintegró al grupo. En su diestra portaba un pequeño masómetro.

—Según los cálculos --informó—, estamos a punto de entrar en la órbita de atracción. Encárgate de las mediaciones, Zaharías. Voy a echar un vistazo a la sala de control.

Zaharías tomó el aparato y se dedicó a observarlo con gran interés. La aguja del masómetro indicaba su distancia a la superficie del planeta Siwha, midiendo la intensidad del campo gravitatorio. De antemano el instrumento estaba calibrado para la masa y el radio de Siwha. Era aquél uno de los cálculos que requerían más experimentación.

De pronto la aguja del masómetro se detuvo. La nave sufrió una brusca oscilación y las luces de emergencia se encendieron.

Zaharías. Vogler y Markus precipitáronse raudos en la sala de control.

—¿Qué ocurre, Duke? —inquirió Markus con voz ronca— ¡Están

tratando de neutralizar nuestro avance!

Hawthorne le miró impávido.

—Lo han conseguido ya —anunció—. Asómate al mirador y echa una ojeada.

Acudió el trío al observatorio plástico y sus rostros se petrificaron por el espanto.

—¡Maldición! —exclamó Vogler—. ¡Nos hemos convertido en satélites de Siwha!

—Efectivamente —corroboró Hawthorne—. Y probablemente por los siglos de los siglos.

—-No... no será eso cierto —tartamudeó Zallarías—. ¡De haber algún medio de romper la resistencia! ¡Los cohetes de propulsión!...

—No servirían de nada —-refutó el jefe de la expedición—. La fuerza que nos controla es muy superior a nuestros recursos. Ha conseguido frenar en seco a la nave, yendo a una velocidad de mil «fargohs» por segundo. Y me temo que otro tanto les ocurra a las naves de Rivero y Donovan.

La terrible predicción de Hawthorne resultó cierta. A través del mirador telescópico los cuatro hombres pudieron ver las fosforescentes luces de emergencia de las otras dos astronaves; la pronunciada desviación de las mismas evidenciaba sus elípticas trayectorias. A la izquierda de los observadores destacábase la brillante esfera de Siwha rodeada de una tenue envoltura gaseosa.

El dramático silencio fue quebrado por la voz de Zaharías.

—Hace muchos años leí una obra de Julio Verne en la que a los protagonistas les sucedía algo por el estilo —dijo—. Creo que se llamaba «De la Tierra a la Luna». Pero ellos regresaron felizmente —añadió con acento preñado de amargura.

—Era necesario para el buen fin de la novela —comentó Hawthorne humorísticamente. Parecía extraño pero era, el único que no daba muestras de hallarse impresionado por la angustiosa situación.

Markus se acarició la barbilla pensativo.

—Quisiera saber cómo habrán detectado nuestra presencia —murmuró—. Los «siwhanos» deben ser unos magos de la técnica astronáutica...

—No creo que nos hayan detectado —rebatió Hawthorne—. Es de todo punto, imposible.

—¿Entonces?...

El jefe de la expedición tardó unos instantes en responder.

—Me inclino a pensar en un campo magnético que circunde la órbita extragravitatoria —-dijo al final de la pausa—. Es el arma

anhelada por todos los planetas. Una muestra de su eficacia defensiva la ofreció Erk Rambsik. Por lo visto conocen perfectamente la forma de emplearla.

Vogler que se había ausentado inadvertidamente regresó convertido en un manojo de nervios.

—¡Esto no hay quien lo entienda! —masculló gesticulando grotescamente—. ¡La velocidad de la nave está disminuyendo por segundos! ¡Si el Eterno no lo remedia vamos a quedarnos inmóviles en el espacio!

—Ya lo había notado —contestó Hawthorne sin perder su inalterabilidad—. Es una consecuencia lógica...

—¡Lógica, lógica! —barbotó Zaharías—. ¡Todo lo encuentras lógico! ¿Sabes también a dónde vamos a ir a parar? ¡Dilo de una vez, por Las Pléyades! ¡Me sacas de quicio con tu «todo lo sé», «todo es lógico»!...

Hawthorne miró severamente a su compañero.

—Estás dejándote dominar por los nervios —dijo fríamente—. Yo en tu lugar tomaría una dosis de «arzina».

El semblante de Zaharías reflejó un furor incontenible.

—¡No has contestado, Duke! —le increpó—. ¿Dónde vamos a ir a parar? ¿Tienes miedo de decirlo? ¡No somos chiquillos! ¡Sé lo que estás pensando!... ¡Estarnos condenados a muerte!...

Hawthorne avanzó un paso hacia el exaltado Zaherías.

—¿Quieres saber de verdad cuál es nuestro destino? —preguntóle escrutándole fijamente.

— ¡Te mataré si no lo dices! ¡Estoy harto de tus vaguedades!

El jefe de la nave se volvió a Markus.

—Díselo, Van —ordenóle con suavidad.

El aludido palideció.

—¿Es... es absolutamente necesario?

—Ya oíste a Zaharías. No somos chiquillos.

—Pues bien, os lo diré. Cuando la velocidad de nuestra nave quede reducida a cero seremos absorbidos por la fuerza de gravedad del sol de Siwha. Nos precipitaremos hacia él hasta que su energía calorífica nos desintegre. Cuestión de horas...

Zaharías y Vogler se miraron aterrorizados.

—¿Es cierto eso? —inquirió Vogler con un hilo de voz.

Hawthorne asintió en silencio.

De pronto Zaharías volvió a su loco frenesí.

— ¡No podemos quedarnos con los brazos cruzados, Duke! —exclamó presa de la indignación—. ¡Hay que hacer algo! ¡Los cohetes

de propulsión! ¡Sí, eso! ¡Los haremos estallar!...

—¿Quieres callarte, Stephen? —la pregunta de Hawthorne sonó como un trallazo— En vez de gritar como un loco utiliza el cerebro.

—¿Insinúas que soy un loco sólo porque quiero salvar mi pellejo? ¡Escucha, Duke, tú eres el capitán pero aquí se acabaron tus órdenes! ¡Voy a hacer lo que me da la gana! ¿Y sabes lo que es?

Hawthorne hizo un guiño imperceptible a Markus que se hallaba precisamente detrás de Zaharías. Este alzó su puño derecho para dar más énfasis a sus palabras pero inesperadamente, su cuerpo se relajó y cayó pesadamente.

—Nos dejará en paz durante un buen rato —dijo Markus procediendo a guardar en su bolsillo una pequeña aguja hipodérmica —. Es extraño que haya perdido el control de sus nervios. Stephen no es un novato precisamente.

Hawthorne no dijo nada. Con paso lento se dirigió al fonovisor etérico. Justamente en aquel momento sonó la llamada de la nave de Carlos Rivero.

La pantalla del aparato reflejó la imagen del californiano. Parecía haber envejecido diez años.

—-Escucha, Duke —habló la voz de Rivero—: En la nave de Donovan se han vuelto locos. Van a cometer una barbaridad. He tratado de disuadirles pero han desconectado el fonovisor. De un momento a otro harán estallar los cohetes.

El semblante de Hawthorne se crispó en una mueca de angustia.

—¡No es posible! —exclamó—. ¡Van a suicidarse! ¡Espera un momento! ¡Voy a comunicar con Donovan !

Con pulso tembloroso por la emoción manejó los mandos de la radio etérica. Trabajo vano. El haz emisor de llamada se perdió en el vacío.

Conectó nuevamente con Rivero.

—No se puede hacer nada por ellos —informó ansiosamente—. ¡Que el Eterno se apiade de sus almas!

Una expresión dura apareció en la cara del californiano.

—¿Es tan grave la situación, Duke? —preguntó roncamente.

—Tú mismo lo puedes apreciar —contestó Hawthorne—. ¿Cómo andan los ánimos de tus hombres?

—Bastante bien. Están dispuestos a aceptar lo que venga. ¿Y vosotros?

—Regular. Hemos tenido que adormecer a Stephen Zaharías. Tuvo la misma idea que Donovan.

—En realidad quizá sea la mejor solución. A veces se me ocurre

pensar si no seremos nosotros los locos.

—Desecha el pensamiento, Carlos. Nadie sabe hasta el final lo que puede acontecer.

Una luz siniestra brilló en la mirada de Rivero.

—¡Lo que más me subleva es la índole del fracaso! —exclamó colérico—. ¡No poder pisar el suelo de Siwha! ¡Por todos los diablos que si algún día lo hago se arrepentirán de haber nacido!

—Eso me gusta, Carlos —Hawthorne sonrió forzadamente—. Tienes que meterles el mismo pensamiento a tus hombres. Si salimos de esta, Simok II y su maldito Consejo tendrán que afilar bien sus garras:

La imagen del californiano se hizo a un lado.

—Bueno, Duke, voy a cortar —-dijo—. Quiero observar la nave de Donovan. Si sucede algo tenme al corriente. ¡Suerte, capitán!

Hawthorne cerró el conmutador.

Con frases concisas y hosca expresión informó a Vogler y Markus. Estos no comentaron la suicida decisión de Donovan. Sin mediar previo acuerdo se dirigieron al mirador telescópico.

En virtud del movimiento de traslación de las astronaves la brillante esfera de Siwha aparecía ahora a la derecha de las mismas. Mucho más arriba, en el cénit mismo, se hallaba Vega al gigantesco sol del sistema. La negrura del infinito hacíalo destacar sobremanera de los demás astros a su alrededor.

De pronto, un grito de Vogler tensó el ánimo de todos. Su diestra señaló una serie de fogonazos procedentes de la nave de Donovan.

— ¡Desgraciados! —susurró entre dientes—. ¡Les llegó el fin!...

Hawthorne cerró los ojos para no ver la horripilante escena.

La astronave de Salt Donovan habíase salido de su órbita y a una velocidad meteórica ascendía ya por encima de sus gemelas en dirección al sol. Segundos más tarde, atraída por la inmensa gravedad de aquel astro, desaparecía entre sus plateados reflejos.

Inesperadamente la voz de Markus quebró el silencio.

— ¡Mira, Duke! ¡Acércate! ¿Ves lo mismo que yo?

Hawthorne entreabrió los párpados sobresaltado.

Una exclamación de estupor brotó de sus labios.

—¡Cielos, son naves «siwhanas»!...

Efectivamente, una larga hilera de puntos luminosos aproximábase a ellos en correcta formación. Su número pasaba del centenar y evidentemente procedían del planeta Siwha.

En aquel momento Zaharías, recobrado de su letargo, se acercó tambaleante.

—Perdón, muchachos —dijo con acento compungido—. Debí decir muchas tonterías, ¿no es cierto?

Hawthorne se hizo a un lado para dejarle sitio en el mirador.

—No, Stephen —replicó amistosamente—. Creo que tuviste razón al sugerir que estalláramos los cohetes. Nuestro final ha llegado ya...

CAPÍTULO IV

¡TERRESTRES EN SIWHA!

POR lo menos nos cabe el honor de elegir la muerte —dijo Zaharías un tanto serenado—. Podemos luchar o entregarnos a los dulces efluvios del sol «siwhano».

—Luchar, desde luego —decidió Hawthorne—. Ir preparando los cañones «Atom» y el «demoledor de fisión». Y tú, Markus, sustituye al piloto automático. En cuánto notes que desaparece la barrera magnética, utiliza los cohetes en sentido descendente.

—¿Crees que anularán la barrera? —preguntó Markus no muy convencido.

—Es de todo punto necesario para los «siwhanos», si desean combatir. En caso contrario, sus proyectiles se estrellarían con ella.

Por un momento reinó una intensa actividad en el interior de la nave. Markus se había hundido en el sillón del piloto y manejaba febrilmente los controles. Las luces fueron apagadas y tan sólo fosforecía la pantalla visora de la radio etérica. Vogler y Zaharías, recién enfundados en los equipos destinados a absorber las presiones, atendían los mandos de las armas nucleares.

Hawthorne cambió impresiones con Carlos Rivero y tras efectuar conjuntamente los cálculos precisos para un futuro reajuste de las velocidades respectivas entregóse a la observación de las escuadrillas que se aproximaban.

Era una flota de combate. Conforme disminuía la distancia que les separaba, Hawthorne pudo deducir que aquellas naves no se asemejaban en absoluto a la pilotada per Erk Rambsik en su viaje a la Tierra. Eran aparatos pequeños y chatos provistos de dos juegos de cuatro aletas, como si tuviesen que realizar con frecuencia vuelos estratosféricos. La formación habíase dispersado y sus componentes avanzaban ahora a distintos niveles en una distribución asimétrica.

De pronto la radio comenzó a emitir señales y sus pequeños chasquidos resonaron con estruendo de platillos en el pequeño cuarto del piloto.

Hawthorne se irguió de golpe e hizo girar su asiento. En sus facciones se reflejó la excitación. ¡Alguien, y no Rivero precisamente, trataba de establecer contacto con ellos!

—¿Has observado, Markus? —-inquirió a su atareado compañero —. ¡Quieren hablar con nosotros!

—Resultará un poco difícil, ¿no? la voz del navegador sonó ansiosa—. ¡Cualquiera adivina la onda que utilizan!...

—¡Te lo diré dentro de un minuto!

Era asombroso contemplar a Hawthorne a los mandos de la radio etérica. Evidentemente poseía un talento natural poco común. Entrar en contacto con un punto aislado del espacio por medio de un estrecho haz de radio era algo que no dejaba de ser, después de todo, una tarea en la cual la información del tablero de mandos de la nave solamente puede participar muy escasamente. Duke tenía una idea aproximada de la distancia de la nave emisora, con un margen de error de unas trescientas millas. Disponía de dos ángulos, cada uno de los cuales podía presentar muy bien un alejamiento de cinco o seis grados en cualquier dirección.

Eso dejaba un volumen de unos cuarenta millones de kilómetros cúbicos en los cuales pudiera estar la nave. El resto era cosa del operador humano, y un haz de radio no era sino un dedo explorador

de menos de una milla de sección en su punto de máxima amplitud a una distancia de recepción posible. Algunos técnicos solían afirmar que un operador experimentado podía percibir por el tacto de los mandos, por cuanto erraba el blanco con el haz. Naturalmente tal teoría era absurda desde un punto de vista científico pero a menudo parecía que no cabía otra explicación posible.

Al cabo de unos cinco minutos, el mediador de la actividad de la radio comenzó a subir rápidamente e instantes más tarde, la placa sonora acusó la primera recepción.

Hawthorne se recostó hacia atrás y dijo:

—Lo conseguí. Ahora falta ver si nos hacemos entender.

Zaharías y Vogler se acercaron con visibles muestras de curiosidad.

—¿Qué sistema vas a emplear? —preguntó Markus atento a la transmisión.

—Todavía no lo sé. Esperamos que sean ellos los primeros que hablen...

Su frase se ahogó en un respingo de asombro. ¡La placa sonora había empezado a emitir palabras en el idioma terrestre!

—Bienvenidos, amigos de la Tierra. Siwha os saluda y desea que vuestro viaje haya sido feliz. Bienvenidos, amigos de la Tierra...

El cordial mensaje se repitió varias veces ante la estupefacción de Hawthorne y los suyos.

—Salud, hombres de Siwha —contestó Duke presa de la emoción —. En nombre de la Tierra os expresamos nuestra más sincera amistad. Nuestra misión es de paz, y paz os pedimos a vosotros.

«—Seréis acogidos con la mejor voluntad —replicó la voz del «siwhano»—. Arta, Reina del Imperio de Siwha, os espera impaciente. Graves asuntos necesitan vuestra colaboración.»

—Nos dirigiremos a Siwha tan pronto como el gobierno de nuestras naves nos sea devuelto. —Hawthorne se limpió el sudor de la frente y sonrió a sus amigos.

«—Dentro de treinta segundos podréis maniobrar libremente. Nuestra flota tendrá un gran honor en serviros de escolta. Escuchad bien las instrucciones.

Ocurra lo que ocurra, no debéis desviaros lo más mínimo de vuestra ruta. Naves enemigas tratarán sin duda de impedir la llegada de vosotros. Afortunadamente disponemos de suficiente superioridad para contrarrestar cualquier ataque. No obstante, manteneos alerta y dispuestos a combatir.»

—Comprendido perfectamente —contestó Hawthorne—. Seguiremos vuestras instrucciones.

La radio etérica cesó de emitir. En aquel momento, Van Markus dejó escapar una exclamación de euforia.

— ¡Muchachos, esto ya marcha! ¡Los controles responden y la velocidad aumenta! ¡Nos hemos salvado!... ¡Por Júpiter que tenemos que celebrarlo! ¡Viva Arta y su Imperio! —de pronto su rostro se contrajo—. ¡Cielos!... ¿Y quién es Arta?

No obtuvo ninguna respuesta. Se hallaba solo en la cabina. Sus compañeros habíanse esfumado con la rapidez del rayo. Su alegría no disminuyó por ese motivo. Canturreando incoherentemente se entregó a la voluptuosa tarea de conducir la nave. Tal era su excitación que ni por asomo se le ocurrió encomendar dicho cometido al piloto automático. Aquello era como si comenzara a vivir de nuevo; una sensación indescriptible de optimismo y agradecimiento hacia el Eterno.

Mientras tanto, Hawthorne, Zaharías y Vogler contemplaban desde el mirador telescópico las evoluciones de las naves «siwhanas». Estas volaban a muy escasa distancia y formaban una compacta ilota en derredor de los terrestres. Constituía un espectáculo maravilloso el multicolor desfile de lucecillas y fogonazos que en caprichosas espirales evolucionaban por el espacio.

Hawthorne no juzgó necesario ponerse en contacto con Carlos Rivero. Era evidente, a juzgar por su paralela conducta, que había captado las mismas instrucciones y que obraba en consecuencia.

La atmósfera «siwhana» estaba ya casi al alcance de ellos. Su azul transparencia representaba el más feliz de los presagios. A través del tenue velo gaseoso podíanse distinguir los vagos repliegues y sinuosidades del planeta.

Inesperadamente se produjo un fantástico fenómeno. Al penetrar raudas las naves en la atmósfera, el cielo se tiñó de rojo púrpura. El fulgor de las estrellas se apagó y únicamente el disco del sol quedó colgado en la inmensidad del espacio. La superficie del planeta agrandábase por instantes hasta el punto de ocupar por completo el panorama visual del mirador. ¡El largo viaje llegaba a su término!

Erick Vogler, el biólogo, se enfrascó inmediatamente en la tarea de analizar la atmósfera «siwhana». No tardó en ello ni un minuto.

Presentó la placa obtenida a Hawthorne.

—Un treinta por ciento de oxígeno —observó el jefe de la expedición—. No está mal. Y también nitrógeno y gases inertes. Lo normal. No hay nada de cloro. Hizo una pausa y añadió—: ¡Hum!...

Vogler preguntó:

—¿Todo normal? —sus facciones tenían una expresión rara.

—No hay dióxido de carbono. Eso ya no está tan bien.

—¿Por qué no? —inquirió Zallarías desde su puesto de observación junto a la placa visora, donde es~ taba viendo pasar la superficie del planeta a una velocidad de seis mil millas por hora.

Hawthorne dijo secamente:

—Si no hay dióxido de carbono, no hay vida vegetal.

* * *

Hawthorne, seguido de sus hombres, descendió de la nave. Esperó a que Rivero hiciera lo propio y después se reunió con él. El intercambio de saludos entre los dos grupos revistió caracteres emocionantes

Se hallaban en una vasta extensión de terreno, árida y seca, rodeada de fulgurantes montañas de áurea coloración. Diez naves «siwhanas» evolucionaban a poca altura disponiéndose a aterrizar. El resto de la flota había pasado de largo perdiéndose de vista en el horizonte.

—¿Lleváis armas? —preguntó Duke al californiano.

—Látigos neurónicos —contestó Rivero señalándose la cintura donde un ligero abultamiento se notaba debajo de su malla plástica—. ¿Y vosotros?

Duke asintió.

—También. ¿Qué consecuencia sacas de todo esto?

-—¡Que me aspen si lo sé! De lo único que estoy cierto es que hace unas horas no hubiera dado un «plutón» por la vida de ninguno de nosotros.

El semblante de Hawthorne se ensombreció.

—¡Pobre Donovan! —exclamó apesadumbrado—. No me explico cómo pudo suceder.

Zaharías enrojeció violentamente. Sobre sí sintió las miradas acusadoras de Vogler y Markus.

—Aún no sabemos lo que puede pasar —murmuró con timidez—. No me fío un pelo de tanta amabilidad.

—Por lo pronto, vivimos —declaró Carlos Rivero respirando a pleno pulmón—. Y a fe mía que no me desagrada la perspectiva de ser recibido por Arta.

—¿Pues no era Simok II el Sátrapa de Siwha? —inquirió Markus.

—Dentro de poco lo sabrás —replicó Duke señalando las astronaves inmóviles ya en el suelo—.. Mira, vienen hacia acá.

En efecto, varias figuras humanas acababan de descender de los aparatos y se dirigían en dirección al grupo terrestre.

—-¡Por Júpiter, qué aspecto más raro tienen! —exclamó Zaharías

—. ¡Parecen estar hechos de oro puro! ¿Visteis cosa semejante?

— ¡Todos no! —contradijo Markus excitadísimo—. ¡El sujeto que va en cabeza es igual que nosotros!

—Dos razas distintas en Siwha!...

Carlos Rivero sonrió.

—¿Te sorprende él? En la Tierra hay cinco.

— ¡Callad! —ordenó Hawthorne—-. Ya están aquí. Vayamos a su encuentro.

El «siwhano» que capitaneaba su grupo se detuvo sonriente ante Duke. Debía ser muy joven y tenía unas facciones sumamente agradables. Como dijera Van Markus, su piel y cutis carecían del color dorado de sus semejantes; apenas si se notaba un ligero matiz broncíneo. En cambio, sus rizados cabellos brillaban metálicos a la rojiza luz del sol. Vestía un traje de vuelo muy ajustado y de un tejido sedoso parecido al satén. Prendido en su pecho, a la altura del corazón, destacábase una insignia que representaba al dios Saturno, de la mitología romana.

—¡Hola, muchachos! —saludó alargando la diestra a Hawthorne —No hemos tenido que lamentar ningún incidente, gracias al Eterno. Francamente no lo esperaba. Pero de eso hablaremos más tarde. Estoy faltando a las más elementales fórmulas de cortesía. Me presentaré: soy Alan Rizzet...

— ¡Rizzet! —Hawthorne quedó estupefacto por unos segundos. Después soltó una sonora carcajada—. ¡Esto sí que es bueno! ¡Alan Rizzet!... ¡Hijo de Paul Rizzet!

—Exactamente. Hijo de Paul Rizzet y hermano de Arta, Reina del Imperio de Siwha.

Carlos Rivero avanzó un paso hacia Alan. Su jovial semblante expresaba el más profundo desconcierto.

—¿Y quién diablos es Simok II? —interpeló con sequedad.

—El usurpador del trono de Siwha —contestó Rizzet—. El planeta está dividido en dos facciones. ¿Y sabéis cuál es el motivo?

Hawthorne negó con un movimiento de cabeza.

—La Tierra —prosiguió Rizzet—. O mejor dicho, vuestro Continente Dorado.

Duke enarcó las cejas.

—Pero, ¿qué tiene que ver eso con la división de Siwha?

—-Es muy sencillo. Simok II es partidario de la ocupación en masa del planeta Tierra. Envió a su lugarteniente Erk Rambsik, como vosotros sabéis perfectamente, con el prepósito dé sembrar el terror y dictar su ultimátum. Gracias a nuestro eficiente servicio de espionaje pudimos enterarnos y tomar ciertas medidas. Por ejemplo, acudir en

auxilio de vuestras naves....

—¿Y la otra facción? —interrumpió Hawthorne.

—La preside Arta. Dada su condición terrestre cuenta con la tercera parte de adictos que Simok II. Nuestro plan es totalmente distinto del usurpador. Pretendemos formalizar un convenio con la Tierra en virtud del cual obtendremos el oro suficiente para nuestra supervivencia, a cambio de otras materias o productos. La principal dificultad que entorpece nuestros proyectos es la incredulidad de los «siwhanos» con respecto a la conformidad de los cinco Jerarcas.

—-Podéis contar con dicha conformidad. Traemos plenos poderes para firmar el convenio —Hawthorne sonrió de buen humor—. Para nosotros, el descubrimiento del Continente Dorado significó la mayor de las catástrofes.

—Lo suponía —dijo Rizzet—. Y en esa deducción basamos nuestra campaña electoral.

—El triunfo es vuestro, pues. Con nuestra presencia se resolverán todos los problemas.

Una sombra de preocupación nubló el semblante de Alan Rizzet.

—Siempre que no sea demasiado tarde. Mi hermana está prisionera de Simok II. Esta noche se celebrarán sus esponsales con Simok...

— ¡Por la Vía Láctea! ¿Qué has dicho? —Carlos Rivero fue incapaz de dominar su sobresalto.

— Que Simok II y Arta se casarán esta noche. Y entonces todo habrá terminado...

CAPÍTULO V

SATURNALES ROMANAS

FUÉ Van Markus quien primero notó la sensación de vértigo. No bien lo hubo dicho a sus compañeros de expedición, cuando éstos sintieron idéntico malestar.

—La atmósfera —dijo Alan Rizzet—. Difiere de la de la Tierra en su falta de dióxido de carbono. Mi padre murió a causa de ello. Jamás pudo aclimatarse.

—Va a ser un fastidio —contestó Hawthorne jadeando ligeramente—. Tendremos que usar las máscaras climáticas.

Rizzet sonrió.

—No os harán falta en nuestras ciudades. Venid conmigo; dentro de unos segundos os encontraréis perfectamente.

Siguiendo las instrucciones de Rizzet, el grupo terrestre se trasladó a una de las naves «siwhanas». Veinte minutos después, ésta se posaba a la entrada ele un gigantesco túnel abierto artificialmente en la ladera de una montaña granítica.

Rizzet se apeó un momento para cruzar la contraseña con la patrulla que guardaba las puertas. A continuación regresó a la cabina de mandos y efectuó unas manipulaciones que convirtieron la nave estelar en un aerodinámico vehículo de superficie. A una velocidad fantástica viajaron a través del interminable pasadizo.

Por fin se detuvo.

—Ya hemos llegado —anunció Rizzet desprendiéndose del cinturón que le sujetaba' al asiento de piloto—. Nos hallamos en Raghorn, segunda capital del Reino. Pertenece a nuestra coalición. Nada hay que temer, pues, aquí. Ese edificio que veis era el palacio que habitaba mi padre. Hoy es nuestro cuartel general. Construido por Ares Tedor, el mejor arquitecto de Siwha. Como podréis observar, sus formas exteriores tienen una acentuada semejanza con los templos romanos de la época del primer triunvirato. Claro, que por dentro es otra cosa —se apresuró a añadir Rizzet—. En Siwha se ha logrado conseguir la comunión del clasicismo más puro con las perfecciones científicas.

Duke Hawthorne y los suyos descendieron de la nave y posaron sus atónitas miradas sobre cuanto les rodeaba. Se encontraban en el centro de una grandiosa explanada circundada por vastas edificaciones en forma de «perípteros» con catorce columnas en los lados y seis en los frentes al estilo del templo de Poseidón. La áurea coloración que parecía predominar en todos los aspectos del planeta matizaba soberbiamente las graníticas estructuras, haciéndolas refulgir bajo la violácea iluminación que se desprendía del alto techo.

El ambiente era más bien tibio y estaba ligeramente perfumado; un perfume que recordaba al almizcle pero cuya aspiración producía

un efecto confortante y enervador.

Un grupo de «siwhanos» pasó cerca de ellos y saludó respetuosamente a Alan Rizzet. Luego miraron con disimulada curiosidad a los terrestres. Sus indumentarias eran variadas de color pero no en cuanto a la forma. Constaban de dos piezas fundamentales; una que ceñía ajustadamente el cuerpo, desde el cuello hasta los tobillos, y otra al estilo de capa cuyos airosos vuelos revestían una singular prestancia.

—Miembros de la Guardia de Aria —informó Rizzet con acento de complacencia—. Magníficos guerreros y fieles hasta la muerte.

Hawthorne asintió distraído. Sus pensamientos no se apartaban de la extraña configuración del lugar.

—¿Todas vuestras ciudades son subterráneas? —preguntó señalando el convexo techo.

—Todas —contestó Rizzet—. Antiguamente no, desde luego. Pero las condiciones climatológicas variaron de tal forma que obligaron a ello. Siwha es un planeta de enigmáticas reacciones. Una de las paradojas más sorprendentes es que mientras el mineral oro, imprescindible para nuestro organismo, ha desaparecido prácticamente de los yacimientos, Shaix, el único satélite del planeta, lo tiene en cantidades fabulosas.

Hawthorne enarcó las cejas sorprendido,

—¿Y por qué recurrir entonces a la Tierra? —inquirió.

Rizzet esbozó una leve sonrisa.

—Se ha intentado —contestó—. Pero la velocidad de rotación de Shaix, superior a todo lo imaginable, anida a su extrema pequeñez lo convierten en inabordable. Es como si en uno de nuestros ventiladores de aspas intentara posarse una mariposa.

—Y esta atmósfera artificial —intervino Rivero—, ¿de qué componentes básicos consta?

—-Es exactamente igual a la de la Tierra y se genera artificialmente —Rizzet cogió del brazo a Hawthorne y le indujo a avanzar hacia la puerta principal del palacio—. Pasemos dentro. Hemos de darnos prisa. La vida de mi hermana Arta está en juego...

* * *

Una hora más tarde, los ocho terrestres se hallaban sentados en torno a una mesa presidida por Alan Rizzet. Las huellas del cansancio producido por el largo viaje espacial habían desaparecido de todos los rostros gracias al suministro intravenal de dosis químicas estimulantes.

Hawthorne fue quien primero hizo uso de la palabra refiriendo

concisamente los hechos acaecidos en la Tierra a raíz de la llegada de Erk Rambsik. También narró con acento emocionado la trágica suerte de Salt Donovan y sus hombres.

Luego habló Rizzet.

—Sería muy largo de explicar el proceso evolutivo de Siwha —comenzó el joven—. Básteos saber que desde hace milenios el planeta se halla vinculado a la Tierra. Posiblemente vosotros lo ignoraréis, pero nuestros primeros habitantes fueron terrestres...

—¡No es posible! —Vogler el biólogo saltó como impulsado por un resorte— ¡La primera nave estelar partió de la Tierra hace cuatro siglos!

Rizzet clavó en él su mirada y sonrió.

—Un poco de paciencia, amigo mío —dijo amistoso—. Mucho antes de que la Tierra hubiese inventado las naves estelares lo hicieron otros planetas. Yerkes, por ejemplo Nuestro mundo fue un centro experimental de Yerkes. Las astronaves de este planeta realizaron numerosos viajes a la Tierra, durante los cuales efectuaron, «razzias» humanas. Estas «razzias» tuvieron lugar a través de distintos períodos de civilización y fueron motivadas, como dije antes, por mera experimentación. Así se explica que en Siwha predomine el arte y la lengua terrestres. Por el contrario, los adelantos científicos han superado en mucho la evolución de la Tierra. ¿Causas? —Rizzet se encogió de hombros—. Algún día las conoceremos. Quizá sean debidas a nuestras eternas guerras con otros mundos estelares.

—-¿Y Yerkes? —inquirió Markus sumamente interesado en la cuestión.

—Tuvo una colisión con un meteoro y desapareció sin dejar rastro. Ocurre frecuentemente en nuestro sistema. Pero dejemos esta cuestión y vayamos al asunto que nos interesa. Cuando mi padre llegó a Siwha tuvo el honor de ser distinguido preferentemente por Tarda D'Wiex, Reina del Imperio. Un año después casó con ella y fruto de esa unión fuimos mi hermana Arta y yo. Al morir mis padres y en virtud de las leyes «siwhanas», Arta era la sucesora del trono. Mientras no alcanzó la mayoría de edad, Simok II, hermano de mi madre, regentó la soberanía del planeta. Su egoísmo, sus implacables ambiciones y su nata crueldad convirtiéronle en un tirano sanguinario. Pero esto no fue nada hasta que en la Tierra surgió el Continente Dorado. A partir de ese instante, su mente no cesó de acariciar el fantástico proyecto de invasión. Ya no era Siwha un planeta muerto y sus habitantes espectros vivientes. Ahora cabía esperar un glorioso resurgimiento. La princesa Arta iba a cumplir la mayoría de edad y, por lo tanto, Simok II tenía que abandonar irremisiblemente el trono. ¿Modo de evitarlo? Casándose con ella. Supongo que el resto lo comprenderéis.

—No, ciertamente —objetó Hawthorne—. Si es tu hermana la que reina y dicta las órdenes, ¿qué papel juega Simok en la invasión de la Tierra?

—Me olvidaba que desconocíais las leyes que rigen Siwha. Imaginemos por un momento que Arta falleciese o sufriera un atentado antes de contraer matrimonio con Simok. En tal caso, el trono pasaría automáticamente a mis manos. Pero ahora pongámonos en el supuesto de que tal matrimonio se lleve a cabo; si mi hermana muere, será Simok II quien gobierne el planeta.

—Sugieres que Arta puede sufrir un «accidente», ¿no es cierto?

Rizzet miró a Hawthorne y asintió.

—E inmediatamente, dos mil millones de «siwhanos» serían eliminados y el resto, o sea otros mil millones ocuparía la Tierra.

—¿Podría ocurrir eso fácilmente? —inquirió Carlos Rivero.

—Desde luego —repuso Rizzet gravemente—. Hay que tener en cuenta que Simok es Sátrapa de Siwha y por lo tanto jefe supremo del ejército y policía.

—Entonces, ¿cómo te fue posible disponer de las naves que nos escoltaron? —preguntó Hawthorne.

—Ya te informé que el planeta está dividido en dos facciones. Por una feliz circunstancia de parentesco, parte de las fuerzas aéreas actúan bajo mi mando, Y también controlo las estaciones satélites que generan los campos de fuerza extra gravitatorios. De no haber sido así jamás hubierais podido franquearlos.

—De ese modo nadie puede entrar o salir del planeta sin tu autorización —intervino por vez primera Zaharías.

—Exactamente —repuso Rizzet.

—No lo comprendo, pues —dijo Hawthorne—. ¿Cómo se las arregló Erk Rambsik para desplazarse a la Tierra?

Alan sonrió.

—Muy sencillo. Las naves reales poseen dispositivos que refractan los campos magnéticos La mía, por ejemplo, está igualmente dotada.

—Otra cosa, Rizzet —Hawthorne enarcó las cejas—. Rambsik aseguró que destruyó las cinco ciudades terrestres por medio de un fantástico poder radicado en el interior de su nave. ¿Es posible eso?

—Su afirmación fue una simple fanfarronada. Las ciudades fueron destruidas por el bombardeo de otras tres naves que le acompañaban y que vosotros no pudisteis o no supisteis localizar. Pero aquél era un formidable medio de amedrentaros.

Hawthorne asintió con un gesto de comprensión.

—Continuando con lo de antes —dijo—. ¿Por qué esa bárbara

eliminación de dos mil millones de «siwhanos»?

—-Los «zayahs»>. Ahí está la causa. Seres de monstruosas formas e inteligencia casi humana. Actualmente están relegados a un plano secundario, pero Simok II les ha prometido a cambio de su fidelidad el reinado absoluto de ellos en el planeta. Y por otra parte, Simok considera que tres mil millones de criaturas constituyen una población excesiva en relación con los recursos terrestres.

Hawthorne consultó su cronógrafo, ajustado ya a la hora de Siwha.

—Y bien ¿qué planes has esbozado con respecto a la boda de Arta?

—Ninguno. Y lo peor es que apenas queda tiempo para pensar.

—Cabe la posibilidad de que ella se niegue en última instancia.

—Mi hermana nunca ha estado enamorada de Simok —declaró con amargura—. Hace una semana fue raptada por él y sometida a los influjos hipnóticos de Siom Kardak, médico de la Corte y traidor de la peor especie. Su voluntad no cuenta hoy para nada.

—Endiablado asunto —dijo Hawthorne impresionado—. Me temo que nuestra ayuda no sirva para nada.

Van Markus irguió su poderosa humanidad. Una sonrisa arrogante se reflejaba en su varonil semblante.

—Opino lo contrario —dijo con voz firme—. Permitidme que hable un momento. ¿Qué sucedería si uno de nosotros, por ejemplo Duke Hawthorne, se casara con la princesa Arta?

* * *

Simok II tomó asiento en el sitial de honor junto al Trono Regio. Un clamor parecido al trueno saludó su presencia. Centenares, miles de «siwhanos» de ambos sexos se, alzaron respetuosamente y llevaron su diestra a la frente en señal de máxima ofrenda.

El recinto se asemejaba a un circo romano. Sus proporciones eran enormes y daban la sensación de ser indestructibles. Constaba de cinco anfiteatros superpuestos e inmediatamente encima de ellos, y a muy corta distancia del tachonado, podían verse innumerables graderíos, repletos de un gentío multicolor y gesticulante.

Por las galerías de entrada llegaban constantemente las literas en que eran portados personajes de alta alcurnia, a juzgar por sus llamativos y lujosos cortejos. Distribuidos regularmente destacábanse las blancas vestiduras de la Guardia Imperial

En un amplio sector del recinto, y acotados en especies de jaulas, estaban los «zayahs». Sus disformes cuerpos brillaban húmedos bajo la espléndida iluminación. Era algo horrible, repelente, contemplar los

sinuosos movimientos de aquella masa verdosa, en la que cientos de pares de ojos despedían el bestial fulgor de unas miradas carentes de humanidad. El oscuro vaho de sus alientos ascendía lentamente cual columna de humo yéndose a perder en los aspiradores fijados al efecto

Erk Rambsik, arrogante en su uniforme de gala, se inclinó sobre el sitial de Simok II. En sus labios florecía un rictus triunfal

—Todo está preparado, señor —informó en voz baja—La fiesta resultará magnífica.

El Sátrapa inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Era un individuo de edad madura, metido en carnes y baja estatura. Su rostro era redondo y fofo. Tenía los ojos rasgados y brillaban entre los semi-entornados párpados con maligno centelleo. Llevaba el cabello cortado casi al rape, lo que le daba un aspecto primitivo y brutal.

—¿Qué noticias hay de Alan y los terrestres? —preguntó moviendo apenas los labios y manteniendo su fingida sonrisa con la que simulaba aceptar complacido los vítores del populacho.

—Se hallan reunidos en sesión secreta en Raghorn —contestó Rambsik—. Dudo que asistan a la ceremonia de vuestro enlace. De todos modos he impartido órdenes especiales por si acaso osaran hacerlo.

—¿Has visto a la princesa Arta?

Rambsik hizo un guiño picaresco.

—Está mil veces más hermosa que cuando la visteis por última vez —repuso—, Y si me lo permitís. Señor, os diré también que parece anhelar el instante de compartir la corona con vos. Su semblante es risueño y alegre como un amanecer en Venus. Por mi fe que os envidio de veras.

Simok sonrió envanecido.

—Digna esposa de un Sátrapa de Siwha —dijo—. Lástima que su belleza se haya de marchitar tan tempranamente.

—Lo exige el Reino —el acento de Rambsik se tornó siniestro—. Pero encontraréis otras mujeres tan hermosas o más. Puedo aseguraros que en la Tierra existen ejemplares maravillosos.

—¡La Tierra! —Simok golpeó con saña el brazo del sitial— ¡Cómo odio ese maldito nombre! ¡Cinco Jerarcas, cinco pigmeos insignificantes, tuvieron la osadía de rechazar las proposiciones de un mundo cien siglos más adelantado!... ¡Reduciré a polvo vil a todos sus habitantes! ¡Y esto ocurrirá tan pronto como Arta sea mi esposa!

—No os excitéis, señor —recomendó Rambsik servilmente—. La multitud no debe ver gestos de desagrado en vuestro augusto semblante. Podría interpretarlo como un signo de desprecio.

—Tienes razón, Rambsik —-concedió Simok suavizando su voz —, Debo aparentar alegría y satisfacción —las toscas acciones de Simok se contrajeron en una mueca de -brutal jovialidad. De su garganta brotó una ronca carcajada—. ¡Por las Siete Hijas de Tarso! ¿No ves como me río y divierto? ¡Y aún me reiré más cuando la princesa Arta ruede a mis pies atravesada por los dardos de Klauxus!... ¡Entonces seré el Sátrapa omnipotente de Siwha! ¡Prepara tus naves, Rambsik! Quiero que mañana al amanecer partan para la Tierra. ¡Que la muerte y desolación caigan sobre el abyecto planeta!

—Vuestras órdenes serán cumplidas, señor —Rambsik efectuó una leve reverencia—. Mañana partirán las naves. Pero no olvidéis que para que esto sea posible, Alan Rizzet deberá autorizar que los generadores satélites dejen abierto el camino.

Simok II hizo girar su grasoso cuello para contemplar directamente a Rambsik. Una sanguinaria expresión de triunfo se reflejaba en su rostro.

— ¡No ¡hará falta ninguna autorización! —barbotó—. En el instante preciso en que Arta muera, declararé la guerra a su hermano. Y antes de que el sol vuelva a ponerse tendré el triunfo en la mano. ¿Qué pueden sus trescientas naves de combate contra la flota entera de Siwha? ¡Dime, Rambsik! ¿Qué probabilidades de vencer tiene ese sucio mestizo?

—Ninguna, señor. Tan solo los «zayahs» se bastarán para descuartizar a sus adictos.

— ¡Ja, ja! ¡Eres inteligente, Rambsik! Recuérdame! o cuando terminen las ceremonias. Te nombraré príncipe heredero del Trono. Serás un buen sucesor mío.

En la mirada de Rambsik brilló un destello codicioso.

—Sois muy generoso, señor —respondió—; mucho más de lo que mis modestos y humildes servicios merecen. Sin embargo, os lo recordaré.

El rumor de voces y conversaciones se hizo de repente expectante. Todas las miradas se clavaron en un sector del primer anfiteatro situado enfrente del Palco Regio. Una numerosa comitiva acababa de hacer irrupción y saludaba al Sátrapa al estilo «siwhano»

Simok II se puso en pie y extendió sus brazos en cruz. A continuación volvió a sentarse.

—-Dime, Rambsik, ¿cuántos Gobernadores has contado?

El interpelado fijó sus ojos en la comitiva, instalada ya en el anfiteatro, y tras una breve pausa contestó:

—Salvo error, veintiuno.

—Faltan siete. Siete Territorios infieles. No son demasiados,

¿verdad?

—Una facción insignificante.

—¡Bien, Rambsik! No hagamos que el pueblo se impaciente. Haz venir a Arta.

El lugarteniente de Simok II desapareció por una puerta trasera. Poco después un gong invisible resonó vibrante en todos los ámbitos del circo. Se hizo un silencio sepulcral. Todos los espectadores tenían sus cabezas vueltas hacia el Palco Regio. Nadie se movía: se diría que incluso nadie respiraba. Únicamente la verduzca y gelatinosa masa compuesta por los cuerpos de los «zayahs» se agitaba en bruscos vaivenes.

La puerta del Palco se abrió. Una mujer bellísima, ataviada con las suntuosas galas reales, avanzó hacia la baranda del balcón. Simok II, puesto en pie, tomó una de sus manos y la invitó a sentarse en el Trono. Arta Rizzet saludó con una sonrisa a su futuro esposo y después correspondió gentilmente a los vítores del público.

Una vez acomodada la regia pareja en sus sitiales respectivos el gong tornó a hacer sonar sus graves notas. Nuevamente reinó el silencio.

La capa basáltica que cubría el círculo central de la pista se deslizó hacia un lado dejando al descubierto un gigantesco lago. El contenido líquido, espumoso e hirviente, parecía ser de oro puro. El deslumbrante centelleo de sus destellos contrastaba fantásticamente con las orillas, negras como el ébano.

Muy lentamente. surgió de las áureas aguas una gran plataforma de verdosa transparencia sostenida por cinco columnas rojas. Cuando el alzamiento cesó y la plataforma quedó inmóvil a la altura del quinto anfiteatro, una de las galerías de éste dejó asomar una especie de túnel enrejado que avanzó al encuentro del pedestal hasta unirse a él.

Simok II apretó suavemente la mano de Arta distrayendo su atención de los preparativos.

—-¿Cómo te encuentras, querida? —su grotesco rostro sonrió con excesiva amabilidad.

—Me siento así como sorprendida —las blanquísimas facciones de Arta compusieron un mohín encantador—. ¡Ha sido tan rápido todo!...

Simok se removió inquieto en el asiento.

—Pero tú sabes que te amo —dijo—. Y también tú me correspondes, ¿no es cierto?

Por una fracción de segundo la mirada de Arta se ensombreció Sin embargo, Simok captó el detalle y se preguntó alarmado si el efecto de las drogas habría disminuido.

—Sin duda debo amarte cuando he accedido a casarme contigo —contestó la princesa—. Por cierto, Simok, no veo a mi hermano. Tendría que estar entre nosotros. ¿Por ventura le ocurre algo?

El broncíneo semblante del Sátrapa adquirió in voluntariamente una tonalidad grisácea.

—Tu hermano está perfectamente —se volvió ahora a Erk Rambsik que permanecía en pie tras ellos—. ¿Verdad, Rambsik?

El lugarteniente asintió sin la menor emoción.

—Alan se halla ocupado en importantes quehaceres del Reino —declaró—. Nada peligroso precisamente. Sólo que no le ha permitido asistir a vuestro enlace.

Arta evidenció el alivio que le producían las palabras de Rambsik.

—-Me quitáis un gran peso de encima —dijo sonriéndole—. Os lo agradezco sinceramente.

Simok señaló el puente en forma de túnel que en aquel momento se unía a la plataforma.

—Hubiera querido ahorrarte este desagradable ceremonial —dijo —. Pero ya sabes, el público lo exige. Dicen que es de mal agüero suprimirlo en los enlaces reales. Particularmente no lo creo, te lo aseguro.

Arta enarcó sus finas y rubias cejas.

—Es curioso —murmuró—. No recuerdo el ritual. ¿Quieres explicármelo?

Simok la miró sorprendido e inmediatamente recuperó su natural compostura.

—Veras —contestó tras una corta pausa—; entre los cientos de voluntarios que ofrecieron al sacrificio del «dinócero» fueron escogidos los trece que lucharán contra él en la superficie de esa plataforma. Si alguno de ellos resultara vencedor... —Simok sonrió irónicamente—«... se casaría contigo.

—¿Pero eso es imposible! —-exclamó Arta impresionada—. ¿Cómo puede un «dinócero» ser vencido por sólo trece hombres?

—El ceremonial es comprensivo, hasta el punto de excluir cualquier enojosa probabilidad de triunfo. La sangre derramada de esos trece valientes, constituye la bendición de nuestra boda. Pero míralos; ahí los tienes. ¡A fe que son arrogantes!...

Efectivamente, por la boca del túnel estaban haciendo su aparición trece individuos, ataviados con capas multicolores y ligeros maillots metálicos. Sus rostros eran ocultados por máscaras que representaban las efigies de los dioses romanos. Algunos portaban afiladas espadas; otros, látigos; y la mayoría iban completamente desarmados.

Un clamor emocionado partió del público acogiendo la presencia de las presuntas víctimas del sacrificio. Estas se distribuyeron por el amplio y resbaladizo pedestal a la espera del «dinócero».

De pronto el clamor se convirtió en un rugido de emoción. ¡La enorme masa del monstruo asomaba ya por la boca del túnel!

Unos instantes más tarde se encontraba en el centro de la plataforma. Sus patas, rugosas y sin pelo, medían la altura de un hombre; por el contrario, su cabeza era pequeña y estaba provista de abundantes protuberancias córneas, dos de ellas superiores y afiladas hasta un extremo inverosímil. Carecía de cola y sus ojos eran tan diminutos que apenas podían distinguirse entre los párpados. Su peso oscilaría entre las veinte y treinta toneladas.

Los hachadores permanecieron un momento inmóviles, corno estudiando las partes vulnerables del monstruo. De repente, obedeciendo a una señal, se lanzaron contra él esgrimiendo, unos armas, otros la insignificante potencia de sus brazos desnudos. Tan sólo un individuo se quedó a la espera de los acontecimientos.

Lo que sucedió después horrorizó a la enfervorizada concurrencia. El «dinócero», irritado por la avalancha de gladiadores, movió pesadamente su cabeza de derecha a izquierda y sus cuernos barrieron a aquéllos lanzándoles fuera del pedestal en indescriptible confusión.

Un luchador quedó asido del borde y pataleó impotente en el vacío hasta caer en la hirviente superficie del lago donde en medio de espantosos alaridos se debatían sus agonizantes compañeros; otro fue ensartado por uno de los cuernos del «dinócero» y mutilado horriblemente. Su cuerpo, sangriento y sin vida, también fue despedido del pedestal.

El público elegante contemplaba con calma aquel espectáculo esencialmente despreciable, pero el populacho se divertía con la inhumana orgía de sangre.

En la plataforma no quedaba más que un gladiador. Cruzado de brazos, erguido y desafiante, aguardaba la embestida de la bestia. Por toda arma colgaba de una de sus manos un leve bastoncillo metálico.

El «dinócero» le miró fijamente durante unos segundos. Luego abrió su formidable boca y emitió un rugido atronador.

La multitud sintió el escalofrío de la tragedia. ¡Aquello sí que era un gallardo espectáculo! ¡Un hombre contra el monstruo más pavoroso del planeta! Y, caso inaudito, no parecía sentir el menor terror.

Simok II evidenciaba sin recato su brutal alborozo. A su lado, y con !os ojos cerrados, Arta luchaba por vencer la repulsión. Y detrás de los sitiales, Erk Rambsik sonreía ligeramente.

— ¡Lo va a despedazar! —exclamó el Sátrapa al ver avanzar el «dinócero» hacia su insignificante rival—¡Contémplalo, Arta! ¡Los dioses jamás vieron una cosa igual!...

Y efectivamente, lo que sucedió a continuación sobrepasó los límites de lo increíble.

El gladiador esperó sereno la aproximación de la bestia y cuando ésta se halló casi a su alcance extendió la diestra y apuntó con la varilla metálica a la descomunal cabeza.

Como si hubiese sufrido una descarga eléctrica de miles de voltios, el «dinócero» saltó hacia atrás y cayó sobre sus patas traseras para después retorcerse en violentas contorsiones.

Rugiendo sin cesar se levantó pesadamente y acometió otra vez a su enemigo. Este repitió su acción anterior y el «dinócero», víctima de nuevas sacudidas, retrocedió instintivamente. Esta vez fue a detenerse en el mismo borde de la plataforma. El luchador no le dio tregua ahora y le persiguió, blandiendo su extraña arma.

Un clamor indescriptible se elevó entre la muchedumbre al ver caer en el vacío la inmensa mole del monstruo.

¡Por vez primera en la historia de Siwha un vulgar habitante iba a desplazar al protagonista de un enlace real!

Simok II, descompuesto y trémulo de ira, barbotaba frases ininteligibles y agitaba sus brazos hacia el pedestal. Arta, puesta en pie y muy pálida, contemplaba la escena sin dar muestras de comprender lo que sucedía a su alrededor. Y Erk Rambsik se mordía los labios, contrariado por la catástrofe que suponía para su carrera el inesperado giro que habían tomado los acontecimientos.

Pero el asombro general llegó al colmo cuando el victorioso gladiador se despojó de su máscara y saludó sonriente al público.

Porque el futuro esposo de la princesa Arta, según el ritual sagrado, no era un «siwhano», ¡Se trataba de Duke Hawthorne!

Simok II permaneció unos instantes boquiabierto por el estupor. Después la inspiración acudió en su ayuda. Su mano izquierda accionó una palanca colocada al lado del trono y el pedestal comenzó a descender lentamente.

¡Unos instantes más tarde se hundiría en el fuego líquido!

CAPÍTULO VI

¡DUKE HAWTHOHNE!

JUNTO a una astronave guerrera de Siwha, Carlos Rivera daba sus últimos toques al extraño atuendo espacial que portaba.

—Resiste todas las aceleraciones —le dijo Alan Rizzet ayudándole a ajustar el casco—. Y no notarás la menor molestia.

—¿Velocidad máxima? —inquirió el californiano señalando la nave.

—En relación con vuestro sistema de tiempo, alcanza una velocidad de un «parsec» por hora[4]. Dentro de ocho horas habrás llegado a la Tierra.

—¡Realmente increíble! —exclamó Rivera asombrado—. Ningún mundo del Planetario Sol lo conseguirá jamás.

Rizzet dio muestras de impaciencia.

—¿Dispuesto, Rivero? —-preguntó anhelante.

El interpelado asintió sonriente. Su diestra fue estrechando sucesivamente las del grupo terrestre y por último la de Rizzet.

—-Os deseo tanta suerte como la que me hace falta a mí —dijo —. Estaré de regreso antes de que Vega ilumine tres veces nuestro planeta. Y me acompañarán todas las naves terrestres. ¡Os lo juro por

el Eterno!..

Segundos después, la astronave desaparecía en la penumbra celeste, donde algunas estrellas mostraban ya sus primeros fulgores.

A continuación, Alan Rizzet y los suyos emprendían viaje en dirección a Sattam, capital del reino siwhano, en la que en aquellos momentos se ultimaban los preparativos para el regio enlace matrimonial entre Simok II y la princesa Arta.

Van Markus dio un leve codazo a Duke Hawthorne sacándole de su abstracción.

—¿Cómo te encuentras, futuro novio? —le preguntó irónicamente —. Cualquiera diría al verte que vas a tus funerales.

—¿Hay mucha diferencia entre lo uno y lo otro? —inquirió Hawthorne no menos irónico.

-—Todavía no he tenido el honor de conocer a Arta, pero me figuro que no has dicho una galantería precisamente.

Alan Rizzet, desde su puesto de piloto, volvió la cabeza y sonrió.

—Es curioso que siendo tú el autor de la idea no te hayas erigido en protagonista —dijo a Markus.

—¡Oh» no! —replicó el apuesto terrestre—. Duke es el jefe de la expedición y debe asumir todas las responsabilidades. Además, yo estoy prometido. No olvides que a mi regreso contraeré matrimonio con una bella habitante de Marte.

—¡A tu regreso! —habló Vogler con cruel desdén—. ¿Habéis oído en vuestra vida fanfarronada más estúpida? ¿Quién va a regresar?...

Hawthorne le miró socarrón.

—Creo que una vez dijiste que te quedarías muy gustosamente en Siwha. También te referiste a tu mujer.

El semblante del biólogo se humanizó.

—Uno dice muchas idioteces —contestó—. Pero ahora daría veinte años de vida por estar un minuto con mi querida May.

Durante una larga pausa reinó el silencio absoluto.

Y por fin, el vehículo se detuvo con suave frenazo. Habían llegado a las puertas de Sattam.

Tres sujetos ataviados con el blanco uniforme policíaco acudieron junto al «deslizador». La puerta de éste se abrió dejando paso a Alan Rizzet Después saltaron al suelo Hawthorne, Zaharías, Markus y Vogler. Los otros tres terrestres, componentes del grupo de Rivero, se quedaron dentro.

El asombro paralizó a los tres policías «siwhanos». Uno de ellos se recuperó, sin embargo, inmediatamente.

—Lo sentimos, señor —dijo dirigiéndose a Rizzet—. Tenemos

órdenes de deteneros...

No pudo continuar. Hawthorne alzó rápido un brazo y apareció el pálido y casi invisible centelleo del aire ionizado en el trayecto del haz de energía de su látigo neurónico que barrió ampliamente el aire y se encontró con los cuerpos de los tres guardianes.

Fue algo así como si hubieran pisado un baño de plomo fundido. O como si hubiese caído sobre ellos un bloque de granito. En realidad, nada les había ocurrido físicamente. Lo único que había sucedido era que los terminales nerviosos que gobernaban la sensación de dolor habían sido estimulados al máximo. El plomo hirviente no podía haber hecho más.

Los desprevenidos «siwhanos» prorrumpieron en aullidos enloquecedores y finalmente cayeron al suelo sin sentido.

—¡Bravo, Duke! —exclamó Rizzet—. ¡Hemos superado el paso, más difícil! i Vayamos ahora directamente al templo de Tarso! ¡Antes de que den las señales de alarma!

El «deslizador» partió raudo hacia el centro de la ciudad. Esta, al igual que las demás del planeta, era infinitamente más pequeña que cualquiera de las de la Tierra; núcleos reducidos de población en los que sus moradores pertenecían a las clases más selectas. Estadísticamente sólo un millón de «siwhanos» habitaba las veintiocho capitales o departamentos de Siwha, El resto se distribuía por las extensas zonas rurales y desérticas en condiciones misérrimas de vida.

Esta circunstancia hacía que las calles de Sattam aparecieran desiertas. Toda la gente se había dado cita en el templo de Tarso.

Rizzet elogió el prodigioso poder ofensivo de los látigos neuróticos.

—No teníamos noticia alguna de vuestra maravillosa arma —declaró mientras conducía diestramente—. Y eso que seguimos de cerca los adelantos terrestres.

—Puedo asegurarte que se trata de uno de los secretos más celosamente guardados —replicó Hawthorne—. Quizá no hayan transcurrido seis meses desde su invención.

—Lo que es necesario es que no falle contra el «dinócero» —declaró el hermano de Arta—. Sería lamentable de veras.

—Ningún ser constituido por células nerviosas resiste el latigazo neurónico —aseguró Duke—. Aunque su piel se halle protegida por un armazón metálico.

El «deslizador» se detuvo junto a un extraño vehículo de color plateado estacionado en el umbral de un edificio engalanado. Nadie había a su alrededor.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Markus anticipándose a la curiosidad de todos.

—Apoderarme de ese vehículo oficial —repuso Rizzet—. Nadie nos molestará ni siquiera a la entrada del templo. Este es un delito desconocido todavía en Siwha.

El transbordo se efectuó en brevísimas segundos. Y nuevamente partieron a toda velocidad.

Faltando veinte minutos, según las esferas de los relojes terrestres, para el comienzo de la ceremonia, el grupo penetró por el pórtico del recinto sagrado. Como asegurara Rizzet, la apariencia oficial del vehículo les inmunizó de toda molestia.

— ¡Ya hemos llegado! —la voz de Hawthorne sonó un tanto ronca por el dramático nerviosismo que le dominaba.

Alan Rizzet saltó fuera.

—¡Utilizad los látigos cuanto sea preciso! —recomendó excitado —. Nuestro triunfo depende de que alcancemos la celda de los gladiadores. Y si alguien cae, ¡mala suerte!...

Guiados por el hermano de Arta, el grupo avanzó velozmente a través de los oscuros corredores y pasadizos del circo. Por tres veces en un corto espacio de tiempo la comitiva fue obstaculizada por tropiezos con los empleados de los distintos servicios. El factor sorpresa por un lado y los látigos por otro solventaron prontamente las dificultades.

Un pavoroso rugido resonó al paso de la comitiva partiendo de una celda situada casi al fondo del último corredor.

—¡El «dinócero»! —exclamó Alan—. ¡No hagáis caso! ¡Seguidme!...

De pronto surgió en ia oscuridad un numeroso grupo de «siwhanos» ataviados con uniformes de centinelas. En sus cintos portaban una especie de fusiles de reducida culata y achatado cañón.

Los terrestres se detuvieron presa del estupor.

—¡A ellos! —ordenó Rizzet con los ojos brillantes por la excitación —. ¡Tenemos que llegar al final cueste lo que cueste! ¡Animo, muchachos!

Coleman y Hassfhurter, tripulantes de la nave de Rivero, prosiguieron su avance látigo en mano.

Uno de los «siwhanos» levantó su fusil y disparó. Sonó un leve chasquido. Por un instante el cuerpo de Coleman pareció incendiarse; después, se esfumó en el aire, Hassfhurter, horrorizado, intentó retroceder, mas el «siwhano» fue más rápido que él. Un nuevo chasquido y el desgraciado terrestre quedó desintegrado en el acto.

Cegados por el odio y sabiendo que iban a una muerte cierta,

Rizzet, Hawthorne y los otros se precipitaron contra el grupo atacante. Seis látigos neurónicos restallaron simultáneamente. Un coro de gritos de dolor acusó los impactos terrestres. La mayor parte de los «siwhanos» rodaren por el suelo víctimas de terribles convulsiones.

Inesperadamente una luz se encendió al fondo. Duke Hawthorne se apartó de los contendientes y fijó su mirada en la extraña escena que se estaba desarrollando a unas veinte yardas de ellos.

De una puerta recién abierta estaban saliendo individuos con los semblantes ocultos por sendas máscaras alegóricas. Cubrían sus cuerpos airosas capas multicolores y avanzaban en fila india en dirección a un túnel enrejado que cortaba de través el corredor.

—¡Los gladiadores! —exclamó Rizzet—. ¡Ahora, Duke! ¡No te preocupes por nosotros! ¡Cubriremos tu escapada!

Hawthorne no esperó a oír más. Raudo como una exhalación echó a correr hacia el cortejo. Nadie le obstaculizó. A sus espaldas dejó les combatientes enzarzados en el dramático duelo.

La espectacular comitiva no se interrumpió ante su presencia Hawthorne sintió un escalofrío al contemplar las miradas que brillaban tras los antifaces.

Su látigo estaba presto a restallar en el instante oportuno. Sin embargo, los «siwhanos» continuaron su paso por el túnel. Eran gladiadores y su única misión estribaba en hacer frente al «dinócero». Habían logrado alcanzar la mejor oportunidad de sus vidas y no podían despreciarla. Quizá uno de ellos se alzaría vencedor y reinaría en el planeta.

Hawthorne esperó a que el último gladiador pisase el umbral del túnel. Cuando esto aconteció, su látigo relampagueó en el aire describiendo una corta trayectoria a la altura de la cabeza de su adversario. Este cayó exánime a sus pies.

El joven luchador terrestre lo arrastró hacia un rincón y en un abrir y cerrar de ojos cambió sus vestiduras por las de él y a continuación se colocó el antifaz. No olvidó llevar consigo su diminuta (radio etérica).

Inmediatamente echó a correr por el túnel. A sus oídos llegó el grito de triunfo de Alan Rizzet apercibido de su fácil victoria.

Tal fue su precipitación en el avance que casi tropezó con el gladiador que cerraba la fila. Este se giró. A Hawthorne se le cayó el alma a los pies Sabía que acababa de ser reconocido y esperaba la voz de alarma de aquél. Sin embargo, nada ocurrió. La comitiva prosiguió su marcha e instantes después se posaba sobre el pedestal que se elevaba en el centro del Templo.

La mano de Erk Rambsik se cerró sobre la de Simok II y la apartó bruscamente de la palanca. El descenso de la plataforma se

interrumpió bruscamente.

—¡No cometáis semejante estupidez! —ordenó el lugarteniente con voz fría—. ¡Ocurriría una catástrofe! El vencedor ha de ser respetado y el ritual tiene que celebrarse.

— ¡Apártate, Rambsik! ¡Es un terrestre! ¿No lo estás viendo? —el semblante de Simok estaba contraído por una furia incontenible— ¡No puedo consentir que!...

—El pueblo es el que no consentirá una arbitrariedad como la que queréis cometer —atajó Rambsik— Está rugiendo de entusiasmo. Es una reacción natural y ninguna fuerza podrá contrarrestarla. Empleemos el sentido común.

Arta, sorprendida en extremo, miró a Rambsik y sonrió.

—¿Debo casarme con él? —inquirió señalando a Hawthorne.

Rambsik palideció de ira. A pesar de ello, su voz sonó natural.

—Sí, Princesa —contestó—. Os casaréis con él. Una contingencia ciertamente desagradable para vos y para todos nosotros.

Simok II, deshecho moralmente y sin fuerzas para reponerse de aquella situación, barbotaba sin cesar.

— ¡Un complot! ¡Me habéis traicionado! ¡Sabíais que el extranjero triunfaría! ¡La maldición caiga sobre todos vosotros!...

Rambsik se inclinó al oído del Sátrapa y le murmuró:

—Calma, Señor; el extranjero no saboreará las mieles del triunfo. Una vez termine la ceremonia acabaremos con él y con Arta. El camino quedará libre para vos.

El semblante de Simok reflejó una ligera esperanza.

—¿Lo dices en serio, Rambsik? —preguntó. ¿De verdad que no me has traicionado?

—Os doy mi palabra de honor. Estoy tan sorprendido como todo el mundo. Ni siquiera me explico cómo ese sujeto ha conseguido eludir la vigilancia de mis hombres...

Rambsik se interrumpió súbitamente y clavó sus ojos en el pedestal. El público había enmudecido y Hawthorne se disponía a hablar.

Su potente voz sonó clara y distintamente en todos los ámbitos del circo.

—¡Noble pueblo de Siwha! Quiero dar en primer lugar las gracias a vuestros Dioses que han querido favorecerme con sus dones haciendo que triunfe sobre todas las dificultades halladas a lo largo de mi gran viaje desde la Tierra. Hoy por fin, puedo dirigirme a vosotros y exponeros la misión que hasta aquí me trae. Vengo de muy lejos, ya os lo he dicho; de un mundo amigo que os desea eterna felicidad; de

un astro que se considera hermano de Siwha. Vosotros sabéis perfectamente que terrestres fueron los primeros moradores de este planeta; terrestres su civilización y lenguaje; y terrestres son también los más nobles sentimientos que anidan en vuestros corazones. En nombre de la Tierra os traigo el mensaje de prosperidad que anheláis. En el pensamiento de todos está el trágico final que amenaza a Siwha. Muy pronto, uno de los principios orgánicos básicos para la supervivencia, el oro, se habrá agotado totalmente y la muerte se cernirá sobre vosotros. Solo os queda una esperanza: la Tierra. Y a ella os asís desesperadamente. Un afán comprensible y lógico en un principio. Necesitáis oro y tenéis que conseguirlo a toda costa, cueste lo que cueste y sin reparar en los medios. Tenemos noticias del plan invasor de Simok II y desgraciadamente ya hemos sufrido las primeras consecuencias del mismo. Pero yo os pregunto: ¿es necesario apelar a tan monstruosos procedimientos para conseguir la supervivencia? ¿Sabéis positivamente que la Tierra se negará a facilitar cuanto oro os sea necesario? No; vosotros lo ignoráis. Y en vuestra ignorancia os dejáis arrastrar por las fanáticas ideas de un usurpador ambicioso que no desea sino su propio poder y que os desprecia al mismo tiempo.

«Escuchadme bien, amigos: Los Cinco Jerarcas que gobiernan la Tierra me han encomendado la más grata tarea de paz y amistad que jamás se dio en los Mundos Estelares. En su nombre os ofrezco la vida eterna del planeta Siwha. Quiero decir que en estos momentos centenares de naves se dirigen aquí cargadas con un venturoso presente. Y no pedimos nada a cambio. Únicamente amistad. Y para que ésta quede sellada definitivamente, vuestros Dioses me han concedido el más alto honor a que un terrestre puede aspirar: ¡La mano de vuestra Princesa Arta, verdadera Reina del Imperio Siwhano!

Un clamor indescriptible de vítores acogió el discurso de Hawthorne. Este sonrió complacido y saludó a la entusiasmada concurrencia. Después hizo un ademán reclamando nuevamente silencio.

Su serena y varonil voz volvió a hacerse oír.

—Gracias, amigos. Sabía de antemano que corresponderíais de esta forma a nuestro mensaje terrestre y me siento orgulloso de haber realizado el largo viaje que me ha traído hasta vosotros. Quiero haceros, sin embargo, una observación que ponga fin a mis palabras. No ha sido el temor lo que ha inducido a los Cinco Jerarcas a poner a vuestra disposición el oro terrestre. Entenderlo bien; nuestras naves y ejércitos se hallan adiestradas igualmente para la guerra que para la paz. Lo que hoy es una proposición amistosa y cordial que servirá para unir a los dos mundos, mañana puede tornarse en una declaración de guerra. Cerrad los oídos a los traidores y los ojos a la codicia...

La salva de aclamaciones interrumpió la última frase de Hawthorne.

Los dientes de Erk Rambsik rechinaron de furor. Su diestra vaciló por unos instantes sobre la palanca que accionaba el pedestal. Realizando un terrible esfuerzo de voluntad logró apartar de su mente la criminal idea.

—¿No encontráis arrogante ese hombre? —inquirió Arta dirigiéndose a Rambsik, pues Simok II se hallaba en un estado próximo a la postración—Creo que me agradará tenerle por esposo. Y vos, ¿qué decís?

Rambsik cerró los ojos para evitar traslucir el fulgor asesino de los mismos.

—La ceremonia puede terminar sin nosotros—contestó con voz ronca—. Venid conmigo, Simok. Necesito hablaros confidencialmente.

Poco después los dos hombres se encontraban en el santuario secreto del Palacio Imperial.

Erk Rambsik se paseaba nervioso portando un documento qué releía a cortos intervalos.

— ¡Estúpidos centinelas! —-masculló colérico—. ¡Atrapan a todo el grupo menos al hombre principal! ¡Látigos neurónicos!... ¿Habéis oído ridiculez semejante en vuestra vida?

Simok II no contestó. En aquel momento se hallaba entregado a la tarea de suministrarse la dosis vital de «artium» y oro. De sus labios, carnosos y descoloridos, se escapó un quejido de dolor al sentir el pinchazo de la aguja hipodérmica. Al instante su semblante se reanimó.

—¿Cogieron a Rizzet también? —preguntó interesado.

Rambsik leyó el informe.

—Murieron tres terrestres; Coleman, Hassfhurter y Vogler, eran sus nombres. Y capturaron a otros dos llamados Van Markus y Stephen Zaharías.

—Pero, ¿y Rizzet? —volvió a preguntar Simok.

El lugarteniente hizo un gesto de impaciencia.

—Ya os lo dije. Fue apresado también.

— ¡Bien! ¿Qué podemos hacer?

—Nada. El pueblo está con Duke Hawthorne. Supongo que a esta hora ya será Sátrapa de Siwha.

—Dijiste que le eliminaríamos. Y a Arta.

—Si lo hiciéramos la batalla estaría perdida. Quizá podríamos fomentar la rebelión durante algún tiempo, pero en cuanto las naves terrestres llegaran aquí y su contenido de oro fuera expuesto a la vista

de todos no habría nada que hacer. Es preciso apelar a otros recursos.

Simok II se levantó presa de la excitación.

—¡Ya está! —exclamó triunfal—. ¡La solución perfecta!

Las doradas pupilas de Rambsik se empequeñecieron.

—¿De qué se trata?

—-¿Podríamos disponer de cincuenta aeronaves?

Rambsik asintió perplejo.

—Tal vez de más. Pero no comprendo.

—Es muy sencillo. Un ataque a la Tierra. Pulverizarla, arrasar Todas sus ciudades y acabar con los habitantes. Una vez dueños de ese planeta impondríamos condiciones. El oro no saldría de allí.

Los ojos de Rambsik relucieron anhelantes.

—¡Magnífico! ¿Cómo no se me habrá ocurrido a mí? —de pronto, su semblante se ensombreció—. Pero, ¿y las estaciones satélites? Ahora se hallan gobernadas por gentes adictas a Rizzet. Mientras funcionen los campos magnéticos ninguna nave podrá salir de nuestra órbita.

—Destruiremos las estaciones —afirmó Simok impertérrito—. ¿Qué importa que jamás vuelvan a funcionar? Una flota de diez naves se bastará para ello.

—Sois un genio, Simok —alabó Rambsik disipado su temor—. Ahora mismo ordenaré en persona que salga la expedición. Yo la capitanearé.

Simok negó con la cabeza.

—Esta vez seré yo —dijo sonriendo—. Quiero contemplar la muerte de la Tierra! ¡Y erigirme su dueño y señor!...

Rambsik se inclinó haciendo una reverencia.

—Antes de que el sol amanezca dos veces, vuestros deseos serán convertidos en realidad.

CAPÍTULO VII

EL CRATER DE LA MUERTE

LA noche «siwhana» cayó rápidamente sobre el Cráter de la Muerte. A la roja penumbra del atardecer sucedió la negrura absoluta. Centenares de estrellas comenzaron a titilar y el blanco disco de Shaix flotó majestuoso en el cénit.

Al amparo de una gran formación rocosa, Alan Rizzet, Van Markus y Stephen Zaharías trataban vanamente de resguardarse del helado viento que les azotaba. Todo en el ambiente era tétrico; el olor a podredumbre, el aullido de las bestias, la desolada aridez del paisaje. No en vano el Cráter de la Muerte era el cementerio elegido para los reos de delitos comunes y políticos. Desde cientos de generaciones atrás, en Siwha se había abolido el sistema de

ejecución por considerarse como un muy leve castigo. La muerte lenta por inanición, frío o envenenamiento fue la condena que decidieron los legisladores. Pero Simok II superó la bestialidad de sus antecesores aplicando nuevos refinamientos. A partir de su reinado, los presos enviados al Cráter de la Muerte morían despedazados por las garras de los «zayahs» Animales éstos carnívoros, aprendieron muy pronto que la carne humana era el mejor regalo para sus fauces. Y lo que en un principio Simok consideró una perfección del código, luego lo convirtió en la recompensa obligada a la fidelidad de una especie animal cuya inteligencia adecuadamente explotada secundaría sus vastos proyectos.

—Debe existir algún medio de salir de aquí —dijo Markus castañeteando los dientes por el frío— Estoy seguro de ello.

Rizzet sonrió tristemente.

—Centenares de miles de hombres lo intentaron, antes que nosotros —contestó—. Nadie lo consiguió. El cráter está circundado por muros rocosos totalmente inaccesibles.

—Pero los «zayahs» han de venir por algún sitio —terció el diminuto Zaharías—. Y si el paso es bueno para ellos también lo será para nosotros.

Rizzet meneó la cabeza negativamente

—Las ciudades de los «zayahs» tienen conductos subterráneos que desembocan en el cráter. Dando por descontado que pudiéramos vencerles, eventualidad imposible, sólo podríamos llegar a sus guaridas.

Markus se frotó las manos aterido.

—Si al menos fuera una muerte rápida —declaró—. Pero lo peor es esta espera. ¡Tengo los nervios a punto de saltar!

—Jamás pude imaginar que envidiaría a Salt Donovan —intervino Zaharías—. ¡Siempre fue un tipo afortunado! Supo cuándo y dónde debía utilizar los cohetes...

—Tú también lo supiste. Y te tuvimos que dejar fuera de combate.

—En Siwha desterramos hace mucho tiempo la costumbre de lamentar los hechos irremediables —reprochó Alan Rizzet—. Podíais intentarlo vosotros también. Y si os falta la voluntad aún tenéis otro recurso. Para romperse el cráneo contra una roca no hace falta gran cosa.

Zaharías y Markus se irguieron súbitamente. En sus ojos brillaba la luz del triunfo.

—¡Por mil pares de diablos! —exclamó el primero—. ¡Tienes razón, Rizzet! ¡Esto lo arreglo yo ahora mismo!

Alan sonrió.

—Yo en vuestro lugar esperaría un poco —dijo—. No habéis pensado que tal vez a estas horas Duke Hawthorne es Sátrapa de Siwha. Si esto ha acontecido nada de particular tendría que esté ya enterado de nuestra suerte. Y en ese caso...

—Podría salvarnos —rematό Markus ansiosamente.

—Indudablemente. Todo depende de los «zayahs». Si no se dan demasiada prisa en acudir quizá se produzca el milagro. ¿Lo llamáis así en la Tierra?

—Desde hace milenios —replicó Markus—. Y a propósito, Rizzet, ¿cuánto tiempo podremos subsistir respirando esta atmósfera?

Alan rió quedamente.

— ¡Oh, mucho, desde luego! —contestó—. Días enteros, posiblemente semanas. Al principio notareis algunas molestias, luego os aclimataréis y finalmente.. ¡Pero eso es una tontería! Los «zayahs», el frío o el hambre acabarán con vosotros mucho antes.

—¿Nosotros? —Zaharías enarcó las cejas intrigado—No te referiste a ti. ¿Por qué?

—Sencillamente porque heredé de mi madre ciertas condiciones físicas propias de los «siwhanos». Dentro de un par de horas necesitaré aplicarme la dosis vital de «artium» y oro. Como no poseo una sola cápsula, mis sufrimientos serán infinitamente más breves que los vuestros. ¿Comprendéis ahora?

Un penoso silencio fue la respuesta. Transcurrió así un buen rato. Y de pronto...

La quietud de la noche fue alterada por un extraño rumor que parecía partir de todas partes y de ninguna en particular. Una especie de trompeteo sobrenatural que aumentaba en intensidad por instantes.

— ¡Los «zayahs»! —exclamó Rizzet palideciendo—. ¡Nos han descubierto! ¡Miradlos!...

Van Markus y Zaharías volvieron la cabeza en la dirección señalada por el brazo de Rizzet y vieron algo que les erizó el cabello.

Una enorme masa verduzca relucía a la luz del satélite y avanzaba hacia ellos desde el extremo opuesto del cráter. El ambiente se llenó de un olor nauseabundo y pegajoso, casi irrespirable.

— ¡Nos ha llegado la hora! — la inmensa humanidad de Markus se tambaleó víctima del terror—. ¡No tendré tiempo bastante para maldecir a Simok! ¡Asqueroso traidor y asesino!

Zaharías se dejó caer de rodillas.

—Yo sólo pido un minuto para rezar una oración Markus, Rizzet, ¿queréis acompañarme?

Un horrísono fragor ahogó la pregunta de Zaharías. Todos

levantaron instintivamente la cabeza y miraron al cielo. Por encima de ellos, y recortándose sus siluetas en el blanco satélite, volaban velozmente innumerables aeronaves «siwhanas».

Rizzet, olvidando momentáneamente la amenaza de los «zayahs», señaló con un dedo a una de las naves.

—¡Ahí va Simok II! —exclamó a voz en grito para hacerse oír—. ¡Ese aparato lleva los instintivos reales!

La gran nota guerrera desapareció antes de que los terrestres pudieran comprobar el aserto de Alan.

Pasado el primer instante de estupor, la atención del grupo se concentró nuevamente en los «zayahs».

La enorme manada se distinguía ahora muy cercana. Casi podían, observarse los detalles, peculiares de cada ejemplar. Eran animales repulsivos, de una especie desconocida en la Tierra. Tenían la corpulencia de los rinocerontes pero daban la sensación de reptar como las serpientes. Sus cuatro extremidades, desarrolladas en forma de tentáculos, alcanzaban proporciones gigantescas; a simple vista parecían tener una longitud muy superior a la de los cuerpos. Pero lo más extraordinario eran las cabezas. Una mente enloquecida por los efectos del alcohol jamás podría haber imaginado horror semejante. ¡Eran cabezas humanas! Enmarañadas cabelleras semi-ocultaban los rostros achatados de aquellos monstruos de pesadilla. La nariz estaba reducida a dos simples fosas situadas sobre la parte superior de una rasgadura de la que sobresalían cuatro afilados colmillos.

El espíritu calculador de Van Markus no pudo desligarse de la horrenda visión. De una sola ojeada, el terrestre contó por centenares los seres que componían el rebaño. ¡Centenares de bestias inteligentes que acudían al olor de la carne humana!

Zaharías hundió su rostro entre las manos y murmuró el comienzo de una oración que desde la infancia no había vuelto a añorar a sus labios.

— ¡Apiádate de nosotros, oh, Eterno Salvador de Almas!...

* * *

La carroza nupcial tirada por un tronco de dieciocho caballos negros se detuvo ante la puerta principal del Palacio Imperial de Sattam.

Duke Hawthorne descendió primeramente y luego ayudó a Arta. Ambos saludaron a la multitud congregada en torno suyo y a continuación subieron a la cámara real desde cuyo mirador salieron a corresponder nuevamente a los vítores del gentío,

—En la Tierra es costumbre decir: «¡al fin solos!» —declaró

Hawthorne contemplando fijamente a la hermosa muchacha—. ¿Qué suelen decir los «siwhanos» al llegar este momento?

Arta se pasó la mano —No me encuentro bien —contestó—. Me cuesta trabajo recordar las cosas. ¿Qué es lo que ha sucedido en realidad?

Hawthorne comprendió lo que le ocurría. El efecto de las drogas hipnóticas estaba desapareciendo y muy pronto la muchacha volvería a recuperar su estado normal. El joven terrestre se alegró sobremanera de esta circunstancia. Hasta entonces, ambos habían representado un papel que de ningún modo podía conducirles a un final satisfactorio.

—Ha sucedido que en virtud de las leyes de este planeta somos casados —replicó a la pregunta de ella. Acompañó la respuesta de una sonrisa tranquilizadora—. Pero no os asustéis. Por lo que a mí respecta, podéis consideraros tan libre como antes...

Inesperadamente, se abrió la puerta del aposento y penetró un sujeto alto, edad avanzada y facciones altivas. Vestía una túnica celeste brocada en plata y oro que le cubría hasta los pies.

—Perdonad esta interrupción —su voz era meliflua y desprovista de matices—. Vine sólo a felicitaros...

—¡Siom Kardak! —las sílabas restallaron en los labios de la princesa Arta—. ¡Salid inmediatamente de mi aposento! ¡Os lo ordeno!

Al oír el nombre del malvado médico de la Corte. Duke Hawthorne se incorporó instintivamente.

—¡Ya lo habéis oído, Siom! —decretó con voz dura como el granito—. ¡Salid de esta habitación y no volváis jamás!

Siom Kardak sonrió sin inmutarse.

—Muy pronto hacéis uso de vuestros derechos —contestó—. Quizá ignoréis que la princesa necesita de algunos cuidados especiales.

Hawthorne avanzó hacia él desafiante.

—Es posible —dijo—. Pero ¿no se os ha ocurrido pensar que la princesa Arta ya no necesita de esos «cuidados» Sin duda olvidáis que es mi esposa y no la de Simok II.

El médico retrocedió un paso y palideció.

—¿Qué queréis decir?

—Simplemente que debéis ir a otro sitio a prodigar vuestros influjos hipnóticos. Creo que ahora me comprenderéis.

Un fulgor asesino brilló en los ojos de Siom Kardak. Apretando los puños dio media vuelta y salió de la habitación.

Hawthorne volvió al lado de la princesa.

—Antes que nada os voy a referir quién soy y qué es lo que ha ocurrido en el Templo de Tarso. Supongo que estaréis en condiciones de escucharme.

Arta asintió sin abandonar su expresión de perplejidad.

—No sé en qué condiciones me hallo —dijo—. Sólo me parece haber sido víctima de una pesadilla. Mis recuerdos se remontan únicamente a la última vez que vi a mi hermano. Debe hacer mucho tiempo de eso.

Por espacio de un largo rato, Duke Hawthorne habló sin interrupción. AL finalizar su relato, Arta tenía el semblante coloreado por el rubor.

—¿Y habéis... habéis hecho todo eso por mí? —preguntó tímidamente.

Hawthorne se sintió embarazado por la pregunta.

—En realidad estaba en juego el destino de dos planetas —contestó enrojeciendo a su vez—. Claro es que también lo hubiera hecho por vos solamente.

Ninguna muestra de desilusión alteró las facciones de la bellísima mujer. Por el contrario, su admiración pareció acentuarse aún más.

—Creo que podré ser una buena esposa para ti —-dijo inesperadamente y mirándole con curiosidad casi infantil—. Mi madre también se casó con un terrestre.

Hawthorne tosió para disimular su enorme sorpresa y dar tiempo a que su mente asimilara tan inaudita ocurrencia. Luego cruzó su mirada con la de ella y sonrió. Aquella fue la primera vez que contempló a Arta como a una verdadera mujer considerando los numerosos encantos naturales que poseía. ¡Una muñeca maravillosa!, se dijo para sus adentros. Y lógicamente se sintió envanecido como jamás en su vida.

—¡Pero, Arta! —exclamó vacilante—. ¡Yo no puedo obligarte a que te consideres mi esposa! ¡Si ni siquiera me conoces!

La princesa le deslumbró con una sonrisa hechicera. Sus manos se extendieron para alcanzar las de él.

—¿Tú me quieres? —inquirió anhelante.

Hawthorne reconoció que su capacidad de asombro no tenía límites. Un estremecimiento sacudió todas las fibras de su ser. ¡Aquella mujer tenía el supremo don de decir las cosas más extraordinarias con la mayor naturalidad! Pero lo verdaderamente encantador es que las decía con una mezcla de ingenuidad y candor que apartaba toda idea material.

El joven reflexionó antes de responder a su pregunta. No tardó en darse cuenta de que su mente habíase convertido en un callejón sin

salida. Todos sus pensamientos tendían a una contestación afirmativa. ¿La quería en realidad? ¿Estaba fascinado por su belleza? ¿O tal vez ambas cosas?

— ¡Te quiero, Arta! —la exclamación saltó de su boca instintivamente, dictada por un impulso de su corazón—. ¡Te lo juro!

—Bésame, entonces.

Hawthorne cerró los ojos aturdido. ¿No sería todo un sueño? Pero la cálida voz de ella le devolvió a la realidad.

—¿No se besan los enamorados de la Tierra? —un mohín de desilusión se dibujó en las adorables facciones de Arta.

El joven terrestre no respondió. Su mano derecha se desprendió de la de ella y asió delicadamente su barbilla atrayendo el rostro hacia sí. Luego la besó apasionadamente. La cálida humedad de sus labios se le antojó el néctar más delicioso.

—¡Eres maravillosa, Arta! —murmuró él—¡Me haces el más feliz de los hombres!

—Yo también soy muy feliz. Y lo sería más si tuviéramos a nuestro lado a mi hermano y a tus amigos.

Duke asintió gravemente.

—Esa es una cuestión de la que nos vamos a ocupar ahora mismo —dijo—. Soy Sátrapa de Siwha, pero ¿podré hacer uso de mis atribuciones? ¿Reconocerán igualmente tu autoridad?

Arta se encogió de hombros pensativa.

—Tenemos al pueblo a nuestro favor. Sin embargo, la Corte está integrada por adictos a Simok II. Mientras nos hallemos en Sattam, el peligro nos acechará por todas partes. Debemos trasladarnos a Raghorn. Una vez allí reorganizaremos el gobierno.

—¿Qué persona fiel podría informarnos de lo acontecido a tu hermano?

—Nadie. Adivino lo que estás pensando.

Hawthorne cerró los ojos como si quisiera evitar que sus lúgubres pensamientos se traslucieran al exterior. El recuerda de la desintegración de Coloman y Hassfhurter le erizó el cabello. ¿Habrían seguido sus hombres la misma suerte?

—Salgamos de aquí —dispuso poniéndose en pie— Iremos cuanto antes a Raghorn. ¿Sabes conducir un deslizador?

—Sí...

La puerta del aposento se abrió nuevamente. Esta vez penetraron tres hombres con uniforme de centinelas. En sus manos portaban armas idénticas a las que esgrimían los componentes del grupo que atacara a los terrestres en los pasadizos del Templo de Tarso.

—¡Acompáñennos! —ordenó uno de ellos—. ¡Quedan arrestados en nombre de Simok II!

Hawthorne efectuó un movimiento de ataque pero la mano de Arta le detuvo.

—¡Quieto, Duke! —susurró a su oído—. ¡Es inútil luchar! ¡Nos harían cenizas!

—¡Soy el Sátrapa de Siwha! —decretó Duke colérico—. ¡No consentiré que nadie me de órdenes!

Sonó un leve chasquido. Uno de los fusiles dejó escapar por el achatado cañón un espeso chorro de gas que inundó la habitación.

Arta y Duke se desplomaron sin sentido.

El terrestre fue el primero en volver en sí. Sentía náuseas y la cabeza parecía girarle como un torbellino. Cuando se recobró totalmente vio a la princesa junto a sí, tendida cuan larga era, en el rocoso suelo.

Se hallaban al aire libre, en una gran hondonada circundada por elevados muros de granito. Duke reconoció al instante que aquella oquedad no era sino un antiguo cráter.

Un apagado quejido requirió su atención sobre Arta. La muchacha se había incorporado a medias y examinaba igualmente el paisaje. De pronto, una exclamación de terror se escapó de sus labios.

— ¡El Cráter de la Muerte!

—¿Qué quieres decir? —inquirió Hawthorne sobresaltado.

— ¡Oh, es horrible! —gimió ella refugiándose en los brazos de su amado—. ¡No me lo preguntes, por favor!

En ese momento el silencio de la noche fue rasgado por un espeluznante sonido. El cuerpo de Arta se puso rígido. Mecánicamente alargó un brazo para señalar un lugar del cráter.

— ¡Los «zayahs»! —exclamó. Sus ojos estaban desorbitados por el espanto—. ¡Se dirigen allí! ¡Mira. Duke! Pero... ¡Por el Eterno! ¡Si es mi hermano!

Y Duke Hawthorne contempló horrorizado como la avalancha de «zayahs» avanzaba lentamente hacia un pequeño grupo compuesto por las inconfundibles siluetas de Alan Rizzet, Van Markus y Stephen Zaharías.

Al mismo tiempo una gran flota estelar compuesta de naves guerreras «siwhanas» cruzaba rauda el firmamento.

Tal vez el pánico físico que embargaba las mentes de aquellas cinco criaturas encerradas en el Cráter de la Muerte hubiese desaparecido al saber que el paso de las escuadrillas estelares significaba la muerte del planeta Tierra.

CAPÍTULO VIII

«OPERACIÓN SIWHA»

EL cohetódromo de Sahara rebosaba de actividad aquel amanecer del día más señalado de la Historia Terrestre. Diez flotas compuestas cada una de cien astronaves, alineábanse dispuestas a

partir.

Alrededor de las plataformas de concreto sobre las que asentaban los gigantescos cohetes, los ingenieros y técnicos, formando un verdadero ejército, manejaban febrilmente los radares y cámaras espaciales.

Dieciséis minutos antes del despegue, una nube de humo rojo apareció repentinamente sobre la casamata piramidal donde el jefe supremo de la «Operación Siwha» ultimaba los preparativos finales.

Era la señal de que la hora era «H-20». «Prepararle para la partida». Se controlaron apremiadamente las cosas por última vez. Todo había sido verificado repetidas veces; pero cuando apareció el humo rojo, los operadores del radar no pudieron dejar de revisar las conexiones de los cables. Los oficiales de servicio volvieron a comprobar que los cohetes estaban perfectamente verticales. Todos los que tenían algo de que estar a cargo miraron otra vez.

Y luego la espera...

De pronto una estrella roja surge nuevamente de la casamata. El ambiente está tenso. Hay más de veinte mil litros de oxígeno líquido hirviendo en cada uno de los tanques de los cohetes. Las grampas magnéticas, que mantienen las llaves cerradas, están todavía en su lugar.

Si algo anda mal, ya es tarde para solucionarlo. Faltan cincuenta segundos. Cuarenta segundos. Treinta. Ahora sólo veinte. En el interior dé la casamata un oficial baja la cabeza. Otro pone su mano enguantada sobre el botón de arranque. La mecha se inflama.

Una detrás de otra, las válvulas se van abriendo. El oxígeno líquido y el alcohol se derraman por los tubos hacia los motores. Entran en combustión. A casi dos millas de distancia, los espectadores oyen un ruido. Es un ruido indescriptible, porque hasta el sonido del motor de una aeronave espacial es algo que sobrepasa los límites de lo imaginable; algo así como la combinación del ruido de una gigantesca catarata con el fragor de una tormenta lejana. Y esto multiplicado por mil...

Dentro de los cohetes se fusionan el agua oxigenada y la hidrazína, y el vapor resultante comienza a hacer girar las turbinas. Cuatro segundos después, las bombas trabajan a todo vapor.

Dentro de la casamata alguien contaba los segundos. Seis, cinco, cuatro... Ahora las turbinas se aceleran al máximo. Tres, dos... Ahora las bombas empujan el combustible. ¡Uno!... El fragor de los motores se ha vuelto irresistible. ¡Cero!... Las colas de fuego, desviadas por las plataformas de concreto, se aplastan contra las planchas de acero de las pistas y se expanden en volutas que revientan con secos chasquidos. Un instante después, las mil astronaves ascienden

raudas hacia el infinito.

¡La «Operación Siwha» ha comenzado!

* * *

Reflejadas en el cuadro rectangular de la pantalla visor a las diez flotas estelares eran contempladas atentamente por Carlos Rivero. Daban la sensación de ser infinidad de puntos movibles sobre un tablero negro La brillante luminosidad de los mismos resaltaba con una magnificencia singular.

El californiano se puso en pie con movimientos perezosos. Se encontraba nervioso y fatigado. Sólo su mente funcionaba con regularidad, gracias a los estimulantes.

Durante unos instantes permaneció en la cabina del piloto cambiando impresiones con él. Luego se dirigió al mirador telescópico. Su mirada oteó en la negrura infinita del espacio. A su izquierda y muy adelantadas volaban las astronaves de guerra. Bastante rezagadas, en situación opuesta, veíanse las fichas de transporte comandadas por Knox Hinried, Presidente Supremo del Continente Americano. Esta era la embajada de paz cuyo mensaje consistía en cinco mil toneladas de oro puro.

A fin de relajar la tensión, Carlos Rivero conectó la radio etérica con una emisora terrestre. Por espacio de varios minutos, los alegres compases de una orquesta de baile inundaron el interior de la nave. Después la música cesó para dar paso a la voz del locutor. Rivero cortó el contacto. Estaba harto de oír siempre lo mismo. Siempre las mismas noticias. ¡Siwha y la Tierra! La Tierra y Siwha!...

De pronto comenzó a sonar el indicador de llamada de la radio. Con ademán cansado Rivero volvió a conectar.

Sus facciones se contrajeron expectantes al escuchar la inconfundible voz de Toni Lamport, el observador adelantado de la flota guerrera.

— ¡Acabo de detectar la presencia de una formación de naves en el interior de la Nebulosa Nevada! —exclamó Toni excitadísimo—. ¡Se dirige a la Tierra!

—Comprueba las coordenadas y dame la situación exacta —ordenó Rivero mirando instintivamente el mapa espacial.

Tras una breve pausa, Toni Lamport transmitió los datos solicitados.

—La formación se halla a diez mil millas aproximadamente, a unos 46 grados L.B.S. y 18 C.G.[5]

— ¡Comunícalo a todas las naves! iE igualmente a todos los observatorios terrestres!

—De acuerdo, Carlos. ¿Algo más?

—Sí; envía a un explorador para que averigüe la procedencia de esas naves. No dejes de informarme en cuanto tengas noticias. Corto.

El californiano sentóse ante el mapa espacial y procedió a iniciar una serie de intrincados cálculos.

Su semblante expresaba la más honda preocupación al finalizar su tarea. Tenía la absoluta convicción de que las naves a que se refirió Toni Lamport procedían del planeta Siwha.

No se equivocó. La excitada voz de Lamport confirmó sus cálculos.

— ¡Son astronaves siwhoanas! —-informó—. ¡Y astronaves guerreras por añadidura! ¡Derribaron a Phil Matews cuando acababa de comunicarme el resultado de su exploración! ¿Qué hacemos?

—¿Averiguaste qué número de unidades integra la formación enemiga?

—No son muchas. Alrededor de unas cincuenta.

—Suficientes para arrasar a la Tierra en cincuenta segundos —contestó Rivero haciendo un esfuerzo por que su voz resultara natural.

— ¡Ahora se hallan dentro del espacio visual de mi pantalla! ¡Las veo perfectamente! ¡Sus luces de situación son de color violeta! ¡Si no las interceptamos pasarán de largo por el oeste según nuestra posición!

— ¡Bien, Lamport! ¡Las atacaremos! ¡Voy a ordenar cambiar el rumbo!

Breves instantes después Carlos Rivero establecía la conexión con Knox Hinried y le hacía saber sus planes de combate.

El Presidente Supremo del Continente Americano manifestó su conformidad. Por su parte dispuso que la flota de transporte continuara en su ruta hacia Siwha.

Por espacio de varios minutos, el californiano, en su calidad de jefe de la flota guerrera, impartió órdenes a todas las unidades. En ningún caso hizo concebir ilusorias esperanzas. El armamento terrestre era muy inferior al del enemigo e igualmente sucedía con la velocidad de desplazamiento de las naves. Sólo cabía albergar algún optimismo en relación con la superioridad numérica.

Rivero acudió a la cabina del piloto.

—Oíste lo que acontece, ¿no? —quiso saber procurando aparentar una expresión risueña.

El interpelado asintió.

—Vamos a combatir —dijo—. En cierto modo me alegro. Comenzaba a aburrirme soberanamente.

El californiano le escrutó fijamente queriendo adivinar el grado de sinceridad que realmente sentía.

—Escucha, Carowell; esto no va a ser un baile precisamente. Si tienes que despedirte de alguien en la Tierra, hazlo pronto. Quizá luego no tengas tiempo.

—¿De veras piensas que son invencibles? Ten en cuenta que lucharemos en proporción de diez contra uno.

Rivero meneó a cabeza negativamente.

—Nunca me ha gustado dar por perdida una batalla antes de comenzarla —dijo—. Pero eso no significa que sea un iluso. Desde luego haremos cuanto sea posible. Si salimos derrotados, el planeta Tierra habrá dejado de existir como tal, para convertirse en un dominio «siwhano».

—¿En qué línea se va a mantener esta nave?

—preguntó Carowell indicando el mapa adosado al panel de instrumentos.

—De eso quería hablarte. Has de reducir la velocidad a fin de situarnos fuera del escenario del combate.

Carowell abrió tamaños ojos.

—¡Pero, jefe!... ¿Vas a romper la tradición de los combates estelares? Tú no eres ningún cobarde...

Rivero atajó con un gesto las protestas del piloto.

—Déjame a mí la estrategia militar y tú encárgate de seguir las instrucciones. Para el caso de que nuestras armas resulten inútiles tengo una idea que romperá todas las tradiciones... pero que tal vez salve a la Tierra.

El californiano salió de la cabina y tomó asiento frente a la pantalla visera. Esta se iluminó al ser accionado el dispositivo de actividad.

Un gesto de dureza alteró las facciones de Rivero al contemplar en el rectángulo visual los azulados destellos de las naves «siwhanas». Por medio de un sencillo cálculo supo inmediatamente la distancia y velocidad de aquéllas. Y dedujo también que la suma de las velocidades contrarias revelaba el fatal encuentro para dos minutos después.

Su primera orden de combate fue para la flota número tres. Simultáneamente dispuso que las restantes formaciones se rezagaran a la espera de observar los acontecimientos.

Las cien astronaves guerreras se desviaron ligeramente para hacer frente al enemigo.

Rivero efectuó una variación de lugar en la pantalla visual comprobando aliviado que las unidades de transporte al mando de

Knox Hinried habían franqueado ya la zona peligrosa. Después enfocó directamente a la posición que ocupaba la flota número tres.

El instante decisivo se aproximaba. Del primer experimento dependería el éxito o fracaso del combate. Y la suerte de la Tierra...

Con los nervios en tensión, la respiración jadeante y el pulso acelerado, Rivero contempló el cuadro luminoso donde cincuenta lucecillas violáceas acudían al encuentro de otras cien de color rojo. Parecían estar ya tocándose. Sin embargo, la distancia que les separaba era todavía considerable. Cinco segundos más tarde y...

¡Las luces rojas desaparecieron de la pantalla visual como borradas por arte de magia!

Un sudor frío se apoderó de Carlos Rivero. Los demoledores de fisión y los cañones «Atom», armas las más poderosas de la Tierra, habían resultado juguetes insignificantes al lado de las naves «siwhanas».

La radio etérea transmitió el angustioso mensaje de Toni Lamport.

—¡La flota número tres ha sido abatida por el enemigo! i Este sólo ha sufrido tres bajas! i Por el Eterno, Rivero! ¿Qué hacemos ahora?

El californiano observó que efectivamente tres naves «siwhanas» habían desaparecido del cuadro visual. Algo era!...

—¡Escucha, Lamport! —ordenó apremiante—. ¡Comunica a la cuarta formación que se lance al ataque! ¡No existe otra alternativa!

— ¡Pero, Rivero, eso es un suicidio! ¡Moriremos todos!

—¡De acuerdo! ¡Pero moriremos matando! ¡Haz lo que te he dicho!

Un instante después otras cien astronaves terrestres se dirigían raudas hacia la compacta formación enemiga.

Otra vez se repitió en la pantalla visora la misma escena. Esfumados los puntos rojos, Rivero cerró los ojos y apretó los puños consumido por una impotente cólera. Ahora los «siwhanos» sólo habían perdido una unidad.

Ante tan aterrador resultado, el jefe de la expedición, se sintió sumido en la mayor desolación. Su conciencia le impedía repetir la misma orden. Como dijera Toni Lamport, aquello era un suicidio colectivo; una inútil destrucción de hombres y naves.

Pero otro pensamiento más terrorífico hizo presa en su cerebro. ¿Qué significaban las vidas de cien, doscientos o mil hombres en comparación con los tres mil millones de habitantes terrestres?

¡No había más remedio que continuar la lucha! ¡Apurar la situación hasta el mínimo de probabilidades!

Por un momento imaginó qué haría Duke Hawthorne si se hallase en su lugar. Sus últimas dudas se desvanecieron

Llamó frenéticamente al enlace de mandos, Toni Lamport.

—¡Pon atención, Lamport! —demandó al escuchar Su voz—. ¡Pida cuarenta y seis voluntarios para la muerte! ¿Has comprendido? ¡Para la muerte!

—¿Puedes decirme al menos de qué se trata? —inquirió Toni con acento angustiado—. ¡Los muchachos querrán saberlo!

—¿Oíste ¡hablar alguna vez de los «kamizakee»?

—¡Por Polux, no querrás hacer eso!

Un gesto de contrariedad se pintó en las desencajadas facciones de Rivero.

—¿Quieres hacer el favor de acatar mis órdenes? —su voz sonó con la dureza del granito—. ¡Dentro de un minuto será demasiado tarde! ¡Recluta cuarenta y seis hombres inmediatamente!

La contestación no se hizo esperar ni quince segundos.

— ¡Ya está, Rivero! ¡Toda la flota sexta se halla dispuesta a cumplir tus instrucciones! ¡No quieren excepciones!

Carlos Rivero no pudo por menos de sonreír. Una sensación de orgullo invadió su ser hasta la última de sus fibras emocionales.

—¡Magnífico, Toni! —exclamó jadeante por la excitación—. ¡Escucha bien! ¡Que todas las unidades de la flota sexta me sigan! ¡Nada de utilizar las armas! ¡¡Cada una de nuestras naves ha de estrellarse respectivamente contra las del enemigo! ¡Que fijen los controles de atracción y no se preocupen de más! ¿Has entendido?

—¡Perfectamente! ¡Y buena suerte, Rivero!

El californiano, ya dueño de sí mismo, cortó la conexión y corrió a la cabina del piloto.

—Lo siento, Carowell —le dijo—. Millones de almas nos lo agradecerán.

—No te preocupes —Carowell le miró sonriente—. También sé que muchos millones de hombres nos envidiarán.

El zumbido de los motores alcanzó su intensidad máxima al ser desviado el rumbo de la nave. A través del mirador frontal, los dos hombres contemplaron las violáceas luces de las naves enemigas. Por fracciones de segundo sus dimensiones aumentaban considerablemente.

Inmediatamente detrás volaban las unidades de la sexta formación.

Rivero tomó por última vez el transmisor etérico.

—¡Repasad los controles! —ordenó con acento autoritario, pero tranquilo—. ¡Que cada nave escoja su blanco!...

—Todos los controles están ajustados. ¡No escapará ni uno solo

de esos malditos!

Carlos Rivero jamás supo quién fue el autor del último mensaje.

De pronto, un resplandor fortísimo inundó la cabina. Después, nada. El espacio sideral absorbió las invisibles partículas de polvo, resto del más dramático combate que registrara la historia del Universo.

Las naves terrestres supervivientes se agruparon nuevamente. Y volaron sin interrupción hasta Siwha.

CAPÍTULO IX

UN METEORO PROVIDENCIAL

LA princesa «siwhana», con las pupilas dilatadas por el espanto, negó repetidas veces la cabeza.

Hawthorne tragó saliva dificultosamente. Con todas las fuerzas de sus pulmones, dio un grito para llamar la atención de Rizzet, Markus y Zaharías. Las altas paredes del cráter devolvieron el sonido extrañamente desfigurado.

El trío volvióse hacia el distante lugar en que se encontraban Arta y Hawthorne. Sus voces rasgaron nuevamente el silencio de la noche.

La manada de «zayahs» continuaba avanzando hacia ellos. Se hallaba ahora a menos de media milla. Los pálidos reflejos del satélite centelleaban sobre la resbaladiza y húmeda piel de los monstruosos seres.

—¡Nos han visto! —exclamó Duke, refiriéndose a Rizzet y los otros—. ¡Triste consuelo para ellos! ¡Ni siquiera podemos acercarnos!

La princesa se asió nerviosamente al brazo de Hawthorne.

—No te preocupes, Duke —-musitó—. Moriremos juntos. ¿No es una hermosa realidad?

— ¡Qué diablos! ¿Por qué hemos de morir? ¡Intentemos algo!... ¡Algo que no sea estar cruzados de brazos! ¡Tiene que existir una u otra solución! —Hawthorne palpóse desesperadamente los bolsillos de su atavío. De pronto pareció encontrar lo que buscaba—. ¡El emisor portátil! ¡Si supiéramos con quién comunicar!...

—¿Crees... crees que ese aparato terrestre servirá aquí?

La pregunta de Arta sirvió para desvanecer toda esperanza.

— ¡No, no servirá! ¡Maldita sea!

Maquinalmente Hawthorne manipuló el diminuto mando emisor. Una serie de chasquidos estáticos surgió de su altavoz.

Y de repente se produjo el milagro. Lo que sucedió a continuación pareció inverosímil, el delirio de una mente enfebrecida. Era la alucinación de un loco, convertida en realidad.

Porque lo que ocurrió fue que el emisor de Hawthorne dejó escapar la inconfundible voz de Salt Donovan.

«—Llamada a Duke Hawthorne. Llamada a Duke Hawthorne. Aquí, Salt Donovan volando sobre la superficie del planeta Siwha. Llamada a...»

Un ¡hurra! estentóreo brotó de la garganta de Duke. La conmoción emocional del joven terrestre fue tan grande, que por un instante pareciole faltarle el aliento.

Su mano izquierda rodeó impulsivamente la cintura de Arta al tiempo que acercaba el emisor a su boca.

—¡Es Donovan! ¡Salt Donovan! —gritó como un loco—. ¿Me escuchas, Donovan? ¡Soy Duke Hawthorne! ¡Contéstame, diablos!... ¡Estás hablando con Hawthorne!

«—No grites tanto, ¡por Júpiter ! Me haces daño en los oídos. Cualquiera pensaría al oírte que estás chiflado. ¿Dónde debo aterrizar?»

Hawthorne examinó angustiado el árido paisaje. Los «zayahs» se hallaban ya a menos de doscientas yardas del grupo de Rizzet. Su avance, no por lento era menos desesperante. Dentro de cinco minutos quizá sería demasiado tarde para salvar a las tres desgraciadas criaturas.

—¡No aterrices, Donovan! — exclamó Duke—. ¡Voy a darte nuestra posición con arreglo a los cálculos terrestres! ¡Espera un momento!

El joven se volvió a Arta que asistía asombrada al diálogo.

—¿Puedes orientarte por la situación de las estrellas? —le preguntó anhelante—. ¿Estamos cerca del polo sur o del norte?

La princesa reflexionó unos instantes y después dio la respuesta exacta. A continuación fue Duke quien efectuó las verificaciones apropiadas. Inmediatamente informó a Donovan.

—-¡Verás el cráter en seguida! —apostilló excitado—. ¡Es el mayor del planeta! ¡Utiliza los demoledores de fisión! ¡Y ten cuidado, no fulmines también a tus semejantes!

«—¡Antes de un minuto estoy con vosotros!»

El cerco de los «zayahs» iba estrechándose por instantes. Duke Hawthorne se preguntó intrigado el motivo de no ser descubiertos él y Arta. Muy pronto dio con la causa. La dirección del viento. Las bestias parecían guiarse únicamente por el olfato. Quizá sus órganos visuales no estaban tan perfectamente desarrollados.

Repentinamente una ráfaga de luz roja cruzó el cielo dejando un rastro ígneo en forma de arco iris.

—¡La nave de Salt Donovan! —gritó Hawthorne jubilosamente—. ¡El demonio ese sabe lo que hace!

—¿Nos habrá localizado? —preguntó Arta un tanto intrigada por la extraña trayectoria de la estela luminosa,

—¡Seguro! Todas las naves guerreras terrestres llevan miradores telescópicos dotados de equipos de luz infrarroja. Salt nos estará viendo perfectamente. Y no tardará en regresar con las baterías listas para disparar. ¡Míralo, ya viene! ¡Échate al suelo y no levantes la cabeza ocurra lo que ocurra!

Arta obedeció en un santiamén acurrucándose junto a Duke.

El rugido de los motores de la nave fue ahogado por un horrísono

tableteo. Una gran claridad rasgó la negrura de la noche y una ola de calor tórrido sucedió a la frialdad anterior.

Y sucedió unos instantes de silencio relativo. Únicamente se oían el confuso rumor de los «zayahs» al reptar precipitadamente y sus alaridos de dolor.

Por tres veces sucesivas, la astronave de Salt Donovan pasó rasante sobre el Cráter de la Muerte. Y por tres veces los demoledores de fisión proyectaron despiadadamente su mortífero fuego contra el espantado rebaño

Las tinieblas y el silencio reinaron nuevamente en la noche.

Duke se incorporó Cautelosamente. Un grito de alegría afloró a sus labios.

—¡Nos hemos salvado! i Y tu hermano también, Arta! ¡Loado sea el Eterno!

De los leonados ojos de la princesa brotaron las lágrimas. Sus hermosísimas facciones sonreían sin embargo.

— ¡Es maravilloso! No... no puedo decir otra cosa...

Hawthorne la besó apasionadamente. Luego la asió con delicadeza por la cintura invitándola a andar hacia el grupo de Rizzet.

La explanada del cráter se hallaba cubierta de cadáveres de «zayahs». Una espesa humareda maloliente se extendió progresivamente en el ambiente. No se veía rastro de bestias vivientes. Indudablemente el instinto de conservación habíales impelido a huir a sus guaridas.

La astronave de Donovan surgió de nuevo en el cielo. Ahora volaba despacio y como tanteando el sitio para posarse. Cuando lo hizo, Duke y Arta asistían al encuentro más emocionante de sus vidas.

Las preguntas y respuestas se cruzaron entre los dos grupos en medio de un indescriptible júbilo. A poco se les unió la figura estirada y renqueante de Salt Donovan. Acompañaban a éste, Steve Courteny y Glen Haynes, tripulantes de la nave.

—Apuesto a que os habéis divertido de veras —dijo a guisa de saludo. Su seco semblante no reflejaba emoción alguna—. ¿Cómo se os ocurrió meteros en?. . —de pronto se detuvo al apercibirse de la presencia de Arta y Alan—. ¿Terrestres? Ignoraba que había una mujer en la expedición.

La flema con que pronunció las anteriores palabras hizo sonreír a todos.

—No son terrestres, Salt. —contestó Duke—. Te los presentaré. Esta maravillosa mujer que estás viendo es Arta Rizzet, Princesa de Siwha y esposa mía al mismo tiempo. Y aquí, su hermano Alan. Ambos son hijos del explorador Paul Rizzet.

La cara de Donovan se crispó en una cómica mueca. Evidentemente creía haber caído en medio de un grupo de locos.

—Escucha, Duke —dijo—; desde hace muchos años nadie me ha tomado el pelo, ¿sabes? Y no voy a consentir que tú y un hatajo dé chiflados seáis los primeros. ¡Métete eso en la mollera!

Hawthorne fingió un gesto altanero.

—¡Cuida lo que dices! —decretó—. ¡Estás ante el Sátrapa de Siwha! Me bastaría levantar un dedo para condenarte a muerte por insolente.

Donovan se cruzó de brazos y adelantó un paso.

—Inténtalo —dijo—. Siempre he deseado morir de un ataque de risa.

Donovan no murió de risa, pero a los demás les faltó bien poco. Pasada la tensión nerviosa natural de los trágicos momentos vividos, la alegría se contagió a todos.

Inesperadamente, Alan Rizzet dio muestras de encontrarse indispuesto.

—¿Qué te ocurre, Alan? —inquirió Arta ansiosamente.

Si interpelado entornó los párpados y se apoyó en el hombro de Hawthorne.

—La dosis vital... —murmuró—. No resistiré mucho tiempo. Dígale... dígale a Salt...

Al llegar a este punto se desvaneció.

—Sé lo que quería decirnos —habló Hawthorne—. ¿Puedes hacer despegar la nave en esta explanada?

—Lo intentaré —contestó Salt—. Afortunadamente, aún me queda un cohete de propulsión. ¿Dónde vamos?

—A Raghorn —-decidió Arta apremiante—. ¡Mi hermano morirá si no le inyectamos en seguida la dosis vital!

Los ocho componentes del grupo se instalaron en el interior de la astronave.

Un instante más tarde el despegue se efectuaba sin novedad. ¡Eran los primeros que conseguían escapar del Cráter de la Muerte!

* * *

—Es una historia bastante extraña —dijo Salt Donovan después de escuchar el relato de Duke Hawthorne—. Parece un cuento de hadas. Si no la oyera de tus labios, posiblemente no la creería.

—Ahora falta oír la tuya —declaró Duke—. ¿Cómo os las arreglasteis para vencer la fuerza de gravedad de Vega?

—Ocurrió de la forma más inesperada. Un meteoro de

gigantescas proporciones se cruzó con nuestra nave a tan corta distancia que su poder de atracción nos llevó al otro extremo de la constelación. Cuando pudimos hacer uso de los cohetes habían transcurrido cerca de cinco horas. Al despegarnos del meteoro intentamos nuevamente franquear el campo magnético de Siwha. Imaginad cuál sería nuestro asombro al comprobar que el camino estaba abierto. Lo demás ya lo podéis suponer. Cruzamos infinidad de veces la superficie del planeta hasta que captaste mi llamada.

La puerta del suntuoso salón se abrió para dar paso a Alan Rizzet. Su semblante mostraba la preocupación.

—La situación está dominada en Sattam —anunció—. Podemos ir si lo deseamos. Todos los habitantes reconocerán la autoridad de Hawthorne y Arta. Incluso se muestran complacidos de que un terrestre les gobierne. Significa para ellos la seguridad en cuanto a lo del convenio del oro se refiere.

Arta se puso en pie alarmada por la grave expresión de su hermano.

—¿Qué es lo que te preocupa entonces? No trates de ocultármelo. Lo leo en tu rostro. ¿Simok y Rambsik?

Alan asintió.

—Hace una hora aproximadamente partió una expedición guerrera con dirección a la Tierra. La comandaba personalmente Simok. Se llevó consigo todas las unidades adictas; unas cincuenta,

—Quieres decir que el final de la Tierra ha llegado, ¿no es eso? —Duke había palidecido visiblemente.

—No hay modo humano de evitarlo. Por lo menos, yo no lo conozco.

El silencio imperó en el aposento. Van Markus se levantó y comenzó a pasear a grandes zancadas.

De pronto se detuvo ante Rizzet.

—Escucha, Alan, ¿cuándo podremos saber el resultado de esa... de esa expedición o lo que sea? ¿Será necesario desplazarse a la Tierra para conocerlo?

Alan meneó negativamente la cabeza.

—Hay un observatorio astronómico en Sattam cuyo alcance sobrepasa con mucho la posición de vuestro planeta —contestó—. Y también una emisora capaz de captar las emisiones terrestres. He dictado órdenes para que me tengan al corriente de los acontecimientos.

Transcurrieron muchas horas de angustiosa espera. El grupo terrestre compuesto por los seis supervivientes de la primera flota estelar llegada a Siwha dominaba a duras penas la fatiga y el sueño.

Otro tanto sucedía con Arta y Alan Rizzet.

Las noticias que llegaban de los distintos puntos del planeta informaban que la tranquilidad y el orden reinaban sin alteraciones de ninguna índole. Y añadían de Sattam que el pueblo anhelaba la presencia de su nuevo soberano.

Y por fin el observatorio astronómico dio a conocer el sensacional triunfo de las naves terrestres sobre Simok II.

Alan Rizzet penetró como una tromba en el aposento. Ahora, su faz resplandecía de satisfacción.

—¡La Tierra se ha salvado! —exclamó abrazando a Hawthorne—. ¡Todas las naves de Simok han sido destruidas! ¡Una proeza sin igual en el transcurso de los siglos!

Van Markus, Zaharías y el resto del grupo prorrumpieron en vítores. La desbordante alegría que les embargaba impedíales incluso hablar.

Pero no todo había de ser júbilo. La noticia de la muerte de Carlos Rivero entristeció todos los semblantes.

EPÍLOGO

DURANTE varios días la más intensa actividad imperó en el palacio imperial de Sattam. El recibimiento dispensado a la expedición terrestre revistió caracteres apoteósicos. Y no era de extrañar, porque tal expedición significaba la resurrección del planeta Siwha.

Knox Hinried, presidente supremo del Continente americano, asumió perfectamente la representación de la heroica embajada. El convenio entre los dos planetas fue firmado y los lazos de unión quedaron estrechados para siempre.

Duke Hawthorne y Arta Rizzet renunciaron a sus respectivos tronos delegando en Alan el gobierno absoluto de Siwha. Por vez primera, los bárbaros rituales de la coronación fueron suprimidos. Y nuevas leyes se implantaron para el futuro...

¡El futuro! Fue Duke Hawthorne quien pronunció la mágica palabra. El y Arta se hallaban en la terraza superior del palacio imperial, desde donde se dominaba ampliamente la animación de la ciudad en fiestas.

Sonrió Arta.

—Un futuro en la Tierra sería maravilloso —declaró mirándole con ojos brillantes por la pasión—. Nuestro hijo podría llamarse...

—Carlos —completó Duke—. Será el mejor homenaje que podremos ofrecer a la memoria del hombre que salvó la humanidad terrestre.

Arta esbozó un mohín encantador.

—Bueno... —dijo vacilante—. Pero el segundo se llamará Duke.

—Tampoco —ahora fue Hawthorne quien sonrió—. Le pondremos Paúl. También debemos un recuerdo a tu padre. Si no hubiera existido él, no te habría conocido.

—Pero el tercero, sí —repitió Arta un tanto impaciente.

—Como el tercero será hija, la bautizaremos con tu nombre.

Arta puso gesto de enfado.

—¡Te equivocas si imaginas que voy a tener veinte hijos! —exclamó irguiendo la cabeza desafiante.

Hawthorne rio de la mejor gana. Y después la besó apasionadamente.

FIN

INDICE

Novela

Novela

Original

(1956)

Actual

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ESPACIO
TITULOS PUBLICADOS

1. —Los hombres de Venus, *George H. White.*
2. —El planeta misterioso, *George H. White.*
3 —La ciudad congelada, *George H. White.*
4. —Cerebros electrónicos, *George H. White.*
5. —Pánico en la Tierra, *Alf. Regaldie.*
6. —La Horda amarilla, *George H. White.*
7. —Policía sideral, *George H. White*
3. —La I. P. n.o 1, en peligro, *Alf. Regaldie.*
9. —Rumbo a lo desconocido, *George H. White.*
10.—Los Hombres Araña de Júpiter, *Alf. Regaldie.*
11.—La abominable bestia gris, *George H. White.*
12.—La Conquista de un Imperio, *George H. White.*
13.—El Reino de las Tinieblas, *George H. White.*
14.—Dos mundos frente a frente, *George H. White.*
15.—Salida hacia la Tierra, *George H. White.*
16.—Venimos a destruir el mundo, *George H. White.*
17.—Guerra de Autómatas. *George H. White.*
18.—Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*
19.—Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*
20.—El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf. Regaldie.*
21.—Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. White.*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. White*
28.—Destructores de mundos, *Alf. Regaldie.*
29.—D-3, Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!. *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White.*
36.—La guerra verde, *George H. White.*
37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*

38.—Los hombree de Noidim, *Larry Winters.*
39.—La nueva patria, *Larry Winters.*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan*.
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan*.
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan*.
43.—El Kipseidón sucumbe. *Walter Carrigan*.
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres planta, *George H. White.*
46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Éter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Gradson*.
52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett*.
53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett*.
54.—Asteroide maldito, *Joe Bennett*.
55.—Operación Cefeida, *Profesor Hasley*.
56.—El Atom S-2, *George H. White.*
57.—El coloso en rebeldía, *George H. White.*
58.—La bestia capitula, *George H. White.*
59.—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley*.
60.—Extraño Visitante, *George H. White.*
61.—Más allá del Sol, *George H. White.*
62.—Los hombres de Alfa. *Profesor Hasley*.
63.—Entropía, *Profesor Hasley*.
64.—Marte, el enigmático, *George H. White.*
65.—¡Atención... Platillos volantes!, *George H. White*
66.—Raza diabólica, *George H. White.*
67.—Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice*.
68.—Intruso sideral, *Profesor Hasley*.
69.—Llegó de lejos, *George H. White*
70.—Cuando el monstruo ríe, *Alf. Regaldie.*
71.—Heredó un mundo. *George H. White.*
72.—Desterrados en Venus, *George H. White*..
73.—La legión del Espacio, *George H. White.*
74.—Bolas Blancas de Yereblu, *C. Aubrey Rice*.
75.—La Ciudad Submarina, *Red Arthur*.
76.—Pánico en los espacios Siderales, *Karel Sterling*

¿Qué fue de los terrestres de la expedición «Luna Amiga»?

¿Pudieron escapar del mortal ataque de los cangrejos Sakchent?

¿Quién era la misteriosa muchacha que tan providencialmente había aparecido en la vida del capitán William Kennedy?

EL MUNDO SUMERGIDO

la nueva novela del

PROFESOR HASLEY

que presenta a la consideración de su público la

EDITORIAL VALENCIANA

por medio de su colección

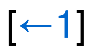
Luchadores del Espacio

despeja estos interrogantes a través de la acción más emotiva y fantástica

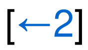
TIP. ARTÍSTICA

Precio: 6 pesetas

Notes



Siwha, uno de los 500.000 millones de planetas de nuestra galaxia. Se halla en la nebulosa de la Herradura y corresponde al sistema primario de Vega a 26 años luz.



En el año 2367 fue establecido el nuevo sistema horario, que rigió a partir de entonces en todos los planetas de la serie Ox-1. La división del día en diez horas y la de la hora en cien minutos fue necesaria implantarla para regular las relaciones interplanetarias.



Moneda equivalente a cien dólares en material radiactivo adoptada por la Tierra al sobrevenir la crisis del oro.



«Parsec», equivalente a 3.4 años luz.



L. B. S. Línea Básica Standard (es decir, la línea que conecta el centro galáctico y el sol del planeta Tierra). 0. G. Centro Galáctico.